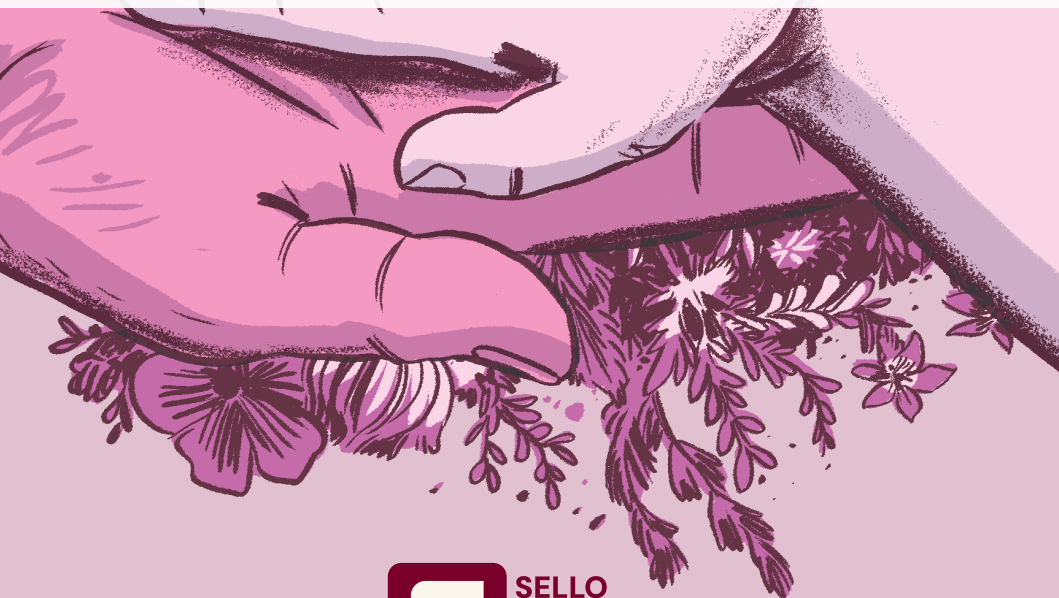




MANECITA ROSADITA Y OTROS RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS

VI Concurso Internacional de Relato Autobiográfico Breve



**SELLO
EDITORIAL
UAO**

**MANECITA ROSADITA Y OTROS
RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS**

VI Concurso Internacional de
Relato Autobiográfico Breve

uao

Universidad
Autónoma de
Occidente

Universidad Autónoma de Occidente

2025

Navia Saavedra, María Clara, editora académica.
Manecita rosadita y otros relatos autobiográficos / María Clara Navia Saavedra. —
1a ed. — Cali: Universidad Autónoma de Occidente, 2025.

120 p. : il. ; 24 cm.

ISBN PDF: 978-958-619-218-7

ISBN EPUB: 978-958-619-219-4

1. Educación — Investigación — Literatura. 2. Literatura juvenil — Aspectos
sociales. I. Navia Saavedra, María Clara. II. Universidad Autónoma de Occidente.

Manecita rosadita y otros relatos autobiográficos

VI Concurso Internacional de Relato Autobiográfico Breve

© Autores

Isabella Hernández Urrego
Katerin Gabriela Macario Pac
Liceth Dayana Holguín Beltrán
Yuri Tatiana Guilombo
Juan Camilo Bernal Velasco
Jhonier Mejía Giraldo
Pablo Alexander Morales Cantero
Alisson Torres Torres
Juan José Rengifo Bustos
Juan Camilo Valencia Sanclemente
Gabriela Parra Martínez

ISBN PDF: 978-958-619-218-7

ISBN EPUB: 978-958-619-219-4

© Universidad Autónoma de Occidente

Km. 2 vía Cali-Jamundí, A.A. 2790
Cali, Valle del Cauca, Colombia.

El contenido de esta publicación no compromete el
pensamiento de la Institución, es responsabilidad absoluta
de sus autores. Tampoco puede ser reproducido por
ningún medio impreso o digital sin permiso expreso de los
dueños del Copyright.

Personería jurídica, Res. No. 0618, de la Gobernación del
Valle del Cauca, del 20 de febrero de 1970. Universidad
Autónoma de Occidente, Res. No. 2766, del Ministerio
de Educación Nacional, del 13 de noviembre de 2003.
Acreditación Institucional de Alta Calidad, Res. 23002
del 30 de noviembre de 2021, con vigencia hasta el 2025.
Acreditación Internacional de Alta Calidad, acuerdo
No. 85 del 26 de enero de 2022 del Cinda. Vigilada
MinEducación.

Gestión Editorial

Vicerrectoría de Investigaciones,
Innovación y Emprendimiento

Vicerrector de Investigaciones,
Innovación y Emprendimiento
Jesús David Cardona Quiroz

Jefe Unidad de Visibilización
y Divulgación de la Ciencia, la
Tecnología y la Innovación
José Julián Serrano Quimbaya
jjserrano@uao.edu.co

Facultad de Comunicación
Social, Humanidades y Artes

Programa de Articulación
con Educación Media

Editora académica
María Clara Navia

Coordinadora editorial
Angélica María Bohórquez Borda
ambohorquez@uao.edu.co

Diseño editorial
Kevin Nieto Vallejo
kevinnieto.93@gmail.com

2025

CONTENIDO

- 7 **PRÓLOGO:**
COORDENADAS DE VIAJE
- 13 **MANECITA ROSADITA**
Isabella Hernández Urrego
Primer lugar
- 25 **PLIC PLAC**
Katerin Gabriela Macario Pac
Segundo lugar
- 35 **ENTRE SOMBRAS Y LETRAS**
Liceth Dayana Holguín Beltrán
Tercer lugar
- 47 **LA NIÑA BUENA**
Tatis Guinar
Primera mención
- 57 **DE CUANDO LE CONTÉ A MI PAPÁ**
Juan Camilo Bernal Velasco
Segunda mención
- 65 **EL INTRUSO**
Jhonier Mejía Giraldo
Tercera mención

Prólogo: Coordenadas de viaje

La escritora Virginia Woolf afirmó alguna vez que «la autobiografía es un intento de trazar el mapa de un alma». Tal sentencia nos lleva a imaginar nuestra existencia como un entramado geográfico lleno de rutas que interconectan eventos, lugares, tiempos, personas, pensamientos y sensaciones. Eso nos convierte, entonces, en imparables viajeros que transitan un camino que, si bien podemos trazar lo mejor que podemos, en realidad se va construyendo junto a cada latido, a cada acción, a cada decisión.

Siendo así, ¿qué implica asumir el reto de escribir un relato autobiográfico? ¿Qué implica la reconstrucción en palabras de un fragmento de nuestra vida? Probablemente sea volver sobre nuestros pasos y desandar el camino, convertirnos en exploradores de nuestros propios territorios; asumarnos en el rol de arqueólogos de la memoria en procura no solo de sacar a la luz lo que parecía descansar en el tiempo pasado, sino también de interpretar lo encontrado con la piedra ro-

seta del presente. Porque el recuerdo, por más vívido que lo conservemos, es una zona que al volver a visitar ha cambiado más de lo que creemos. Siempre encontraremos algo distinto en el ayer, por más pasado que sea; no se queda estático en la memoria, se reacomoda en su sitio en la medida que el universo va expandiéndose alrededor. Viajar al pasado a través del relato autobiográfico es, paradójicamente, retornar a lo desconocido, al tiempo que te das cuenta de que exploras lo desconocido. Escribir sobre nuestras propias vidas es una aventura que no carece de emoción, asombro e incluso riesgo al enfrentarnos a veces con los rincones oscuros que preferimos ignorar, aunque también triunfo al encontrar espacios luminosos donde menos lo esperamos.

Los escritores y las escritoras de los siguientes relatos hacen mérito en cuanto a que se propusieron emprender el recorrido singular de la evocación, el desafío de reconstruir parte de lo andado, de volver sobre las huellas, casi en puntas para no perturbarlas; de verse a sí mismos y a sí mismas con la curiosidad del científico, la emotividad de lo humano y la mirada del artista. ¿Y cómo no? Esa estela luminosa de la juventud. Estos son seis textos que trazan un mapa único de pérdidas, de encuentros, de búsquedas, de esperanzas, de crecimiento, de reflexión. Una cartografía que esconde entre sus líneas una sorpresa: al darnos la oportunidad de seguirla, descubriremos que esas vidas de los otros no son realmente ajenas y nos tocan profundamente por su proximidad.

Porque a la larga esa es la otra cara del viaje que propone un relato autobiográfico. Quien lo escribe no lo hace para caminar en solitario, sino que lo hace para que quien lea le acompañe, casi de la mano. Cada palabra, cada gesto, cada imagen, cada giro narrativo es ese vínculo que nos sostiene para revisitar como si fuese nuestro, por un momento, esa otra vida que se ha abierto generosamente en cada una de estas páginas.

Así, la invitación no es a leer, sino a seguir las indicaciones de una carta de navegación que nos llevará tal vez a encontrar un tesoro, o varios, a la vuelta de cada uno de estos relatos. A darnos la oportunidad, literaria y anímica, de vivir un poco con el otro.

HERNÁN ESPAÑA

Tercer puesto I Premio Nacional de libro de
cuento infantil “Yolanda Reyes” (2022)

Primer lugar

ISABELLA HERNÁNDEZ URREGO

Universidad Autónoma de Occidente – Colombia



¿Qué más podré ser yo que la conformación de todo lo que se ha amado? Desde mamá y papá, desde el cine que busco denominar profesión, desde la demostración de humanidad que se encuentra en el arte, los libros y la poesía. Poetas muertas, desde Pizarnik hasta Plath, que calan en las entrañas de quien soy. Isabella, con dos «l», por favor, 17 años, la favorita de la abuela, el intento de poeta, la aprendiz de la vida, definida como aquella que habla hasta el cansancio, pues como dijo Alejandra Pizarnik: «¿Y qué deseaba yo? Deseaba un silencio perfecto, por eso hablo». ¿Qué me orilla a escribir y no hablar? Quizás el secuestro del dolor, desde el amor, que extirpa las cuerdas vocales y da paso a la empuñadura del lápiz, deslizándose y remarcando mi nombre. Quizás solo un afro, un poco de arte y el intento de buena letra.



Manecita Rosadita

Cuando alguno de los nueve psicólogos y psiquiatras que me han visto a lo largo de la vida me pregunta qué tipo de situaciones han afectado la paz de Isabella, siempre digo dos cosas: un tema complicado con mi figura paterna y tu muerte, Marleny. Tú, con 73 años y canas matizadas de morado, la viejita chuchumeca que tanto amo y dije amar. En aquellas sesiones no puedo mencionarte por más de diez minutos porque mi voz se quiebra y el tiempo acaba con una voz lejana repitiendo el «nos vemos la próxima semana». Por eso he decidido no hablarles de ti, sino hablarte a ti, la viejita que se fue de mi lado hace ocho años; en tu eternidad quizá comprendas que las dos nos perdimos. Espero que me veas, que el orgullo te inunde. Déjame hablarte más allá de los sueños fugaces que intentan mantenerte aquí conmigo, recordándote, amándote.

Eres mi segunda madre, eres tú la que se lleva el reconocimiento por mi crianza ¿Eres? Ya no, es la memoria que

desea tenerte. El presente de tu hoy ya no me pertenece. Eras quien me consentía mientras mi mamá tenía la función de regañarme y abrazarme cuando te enojabas conmigo. Estuviste ahí desde que nací. Tú, que tratabas de darme tintica de frijoles cada viernes, aunque una bebé de menos de seis meses no podía comerla por prescripción de algún pediatra. Pero ¿quién estaba en la potestad de negarse a las costumbres de la abuela? ¡Por favor! Recuerdo cada día, sentada a tu lado, una mesita a la izquierda de tu cocina, de nuestra cocina, el mantra de las seis mientras sonaba el himno nacional. Te contaba sobre mis amigos del colegio y tú, con voz susurrante, sobre las viejitas chismosas del barrio. El olor a papitas a la «france», como tú les decías, se podía sentir en el aire de la casita de la esquina, donde vivíamos tú, mi mamá y yo. Dormía contigo y el cuento de las buenas noches era el programa de televisión, ese que resolvía problemas de familia o decidía quién tenía la razón.

Cada navidad me bailabas merengues y jugábamos dominó, siempre dejando que ganara. En vacaciones me llevabas por allá a Buga a la finca de tu prima, donde solo tomábamos agua de panela caliente y adivinábamos qué palabra seguía en la sopa de letras.

Los últimos meses ya no fueron así. Te dolía mucho el estómago, te decíamos que fueras al médico. Sin embargo, confiabas en la señora de la galería que te nombraba las mil matas que curarían lo que tú diagnosticabas. «Es solo una

gastritis, no molesten». Yo también pensé que lo era. Nunca te irías, eso no era una posibilidad. Yo era muy pequeña para que la muerte tuviera peso en nuestras vidas, eso era cosa de otros, de los viejitos de la cuadra a los que no alcancé a conocer. Pero tú, mi viejita, no lo eras tanto, para mí tus canas eran sinónimo de que cada día eras más joven, creía que tu caja de dientes era la sonrisa que siempre habías tenido, que tus historias de la finca y de guerras eran de un ayer cercano, no del camino de alguien a quien la vida ya estaba cortando sus hilos, aquellos que me mantenían unidos a ti.

Yo soy la narradora de tu muerte porque tú ya no puedes relatarlo. El mes lo recuerdo bien, octubre, 2016. El dolor prosiguió. La muerte se acercaba, se infiltró en la mente de mi familia. Cada visita al hospital de urgencia representaba una posibilidad, aunque deseáramos que fuera remota. El último día que te vi era de mañana, en la casita de siempre, estaba sentada en el piso al frente de tu cuarto, quizás era fin de semana, un domingo.

Te preocupaste tanto por las arrugas de mi uniforme del día siguiente, que olvidaste que algo dentro de ti podría estar matándote. Te dije que no te angustiaras, que te alistaras y te fueras al hospital por segunda vez en una semana. Mi tía te esperaba, me despedí, mirando por el pasillo y viéndote pasar por la reja con mucho sol de frente como para recordar tu rostro. Pensé que te vería esa noche o al día siguiente, pero no fue así.

Corrió la semana. Todo estaba grave. Yo no lo sabía, no podía visitarte en el hospital por estar tan pequeña, solo tenía un poco de información vacía de la voz quebrada de mi mamá, quien me recogía todas las noches en la casa de alguna vecina con la que me había dejado. Me repetía que estabas bien, que ibas a mejorar. Te habían hecho una cirugía sobre la cual, en su momento, no me contó nada. Estabas en recuperación, todo iba a terminar bien, eso quería creer, pero como la ilusión de una niña no vence la realidad, al final tú no pudiste rescatar la vida que estabas dando por perdida.

La noche anterior a tu partida me quedé donde una de estas vecinas, allí rezamos el rosario en tu nombre. En ese instante lo hice para que volvieras conmigo, a la casita, a las tardes de ir al parque y tomar aromáticas, aunque quizás mi plegaria era para que descansaras. Y así fue. Al día siguiente, 16 de octubre, a la medianoche, te fuiste.

Esa noche dormía con mi mamá. No recuerdo la hora exacta, sonó el teléfono, sé que fue de madrugada, me cambiaron de cama para poderse ir al hospital. Una llamada a esas horas no podía significar otra cosa. Yo seguía dormida, soñando, sin saber —ni por atisbo de alguna pesadilla— que ya no pertenecías aquí.

Habías muerto, sin más. A las 8:30 de la mañana de aquel día, a mi mente solo la torturaba la misa de domingo. Pensé que algo había pasado contigo y así evitaba el martirio de dos horas escuchando al padre. Aún guardo culpa por

aquel egoísmo infantil, pues solo veía en la situación una oportunidad para huir de la cátedra católica. Minutos después, llegó el momento.

Recuerdo a mis tíos reunidos, mi mamá y mi prima sentadas en alguna silla de la sala. Recuerdo el color verde, de solo pensarlo me inunda la culpa de no saber qué decir de ese instante aparte del color de una silla. Sé simplemente que lo dijeron sin más: «La abuelita se nos fue». El dolor no se puede describir. Lloré. ¿Qué más podía hacer?, fue instintivo. Esa Isabella no pensaba, actuaba; las lágrimas demostraban el dolor que ni siquiera podía procesar.

Aquí, todo se nubla. Pasé la mañana pensando que no era verdad, que entrarías por la puerta y me dirías que todo era una broma. Llegó mi papá, que nunca estaba, a decirme que rezáramos por ti, que estarías bien, descansando. Deseé creerle, lo sigo creyendo, todo ello me mantiene cuerda. Después me obligaron a bañarme y vivir el momento que siempre recordaría como el día en que mi vida se partió en dos. Caminamos por todo Yumbo hasta el parque principal, mi mamá y mis tías con gafas oscuras para que no se les notara el rojo de sus ojos. Llegamos a la funeraria.

No había nada aún. Tu cuerpo no se encontraba ahí. Todavía no tenía que asimilarlo. Media hora después llegó tu cuerpo, que ya no me decía que me amaba ni me consentía ni me miraba feo cuando subía mis pies sucios a los muebles,

ya no eras tú, solo era un féretro café oscuro que rodaba por el pasillo blanco.

Yo estaba en una esquina. El dolor de esa entrada fue lo más desgarrador que he sentido. En ese instante me di cuenta de que te perdí, que todos los recuerdos fugaces que he nombrado ya no podrían seguir repitiéndose, que durante el próximo año nombraría, como si de algún Padrenuestro se tratara, la «Primera ida a Cali sin ti, primera Navidad sin ti, primer almuerzo sin ti».

Los días siguientes son difusos. Recuerdo comer helado para estar mejor, verme con una amiguita para hablar de otra cosa que no fuese sobre ti y llegar el día de tu misa de despedida. Allí todo el dolor se volvió a sentir como el del primer día. Tanta gente, personas abrazándome y llorando conmigo, todo esto hizo que me diera cuenta de que a esas almas que te amaban les dolía que no estuvieras con nosotros. Empezó la bendición del inicio, pero yo no pude más, tuve que irme con mi papá, sentía que mi corazón estaba siendo arrancado en pedazos y que tú no estabas ahí para recogerlos todos.

Los meses pasaron. Tu muerte ya era silenciosa, no se nombraba casi para evitar que las lágrimas interrumpieran el silencio. Mi casita dejó de ser la de la esquina y se convirtió en un apartamento de un tercer piso en el mismo barrio de siempre. Mis días ya no eran contigo sino con alguna extraña que mi mamá contrataba para que hiciera tu trabajo. Aunque eso no duró. La niña de nueve que dio paso a la de diez se

quedó sola, hasta las seis de la tarde cuando volvía mi mamá para intentar arreglar el vacío de estar solas las dos, de calmarme en noches donde mis lágrimas mostraban el miedo de perderla a ella también. Miedo de soñar contigo, teniendo la certeza de que en realidad ya no estás, pedirle a Dios que me llevara a tu lado, culparlo, culparme de que ya no estuvieras.

Los años pasaron. La culpable de nuestro dolor fue una enfermedad sobre la que tuve que leer a escondidas en papeles viejos porque nadie me lo contó: una infección que te arrebató de mi lado. Quizás era evitable o quizás desde que te conocí ya estaba decretado. Ya lo he aceptado, aunque el dolor siga latente. En momentos como este quisiera que vieras quién soy, la niña que se convierte en una mujer, que te ama y te extraña, que llora cada vez que algo que le regalaste se pierde. Me da miedo, muchísimo miedo perder todo lo que tu alma le brindó a la mía. Odio no poder decirle a todo el mundo que eres mi vida entera, que no sientan lástima, que dejen que les diga cada historia que me contabas o que vivimos juntas.

Quiero mantener vivo tu nombre, mi Marleny, que sigas diciéndome al oído, al menos en sueños, aquel refrán que siempre recuerdo con tu voz ronca: «Manecita rosadita, muy hermosa yo te haré, para que hagas buena letra y no manches el papel». Tú hiciste a esa pequeña niña y tu muerte me hizo quien soy ahora, la joven de 17 años que te sigue amando, que trata de gritar a voces que tu pérdida sigue doliendo, aunque solo tenga cuarenta minutos de sesión. Pido que me

sigas amando y que cuando llegue mi muerte traspase aquella puerta de los susurros y me digas que sí soy tu manecita rosadita. Que con mi recuerdo logre que tus ojitos rasgados sonrían al ver quién fui. Que cumplas, como me lo prometiste, ir juntas al fin de los tiempos.

Te amo, mi viejita chuchumeca, por tan solo una eternidad juntas...

Segundo lugar

KATERIN GABRIELA MACARIO PAC

Universidad de San Carlos de Guatemala – Guatemala



Durante años me pregunté «quién soy», y siempre me quedaba sin respuesta. Hoy sé que responder eso es una tarea difícil y para lograrlo a veces necesitamos un poco de ensayo y error, mucho aprendizaje, una pizca de valentía, una porción de cosas nuevas, unas cuantas risas y un tanto de lágrimas. Con ello, puedo decir que mi nombre es Katerin y llegué al mundo en un ventoso día de octubre del 2002, en la fría ciudad de Quetzaltenango, Guatemala. Soy libra; mi nahual maya es I'X (mujer/ jaguar); soy una persona terriblemente terca, como mi mamá.

No hablo mucho, pero sueño demasiado. Tengo cinco gatos gordos y hermosos, y cuatro enérgicos perros. Amo las películas de terror, mi mayor miedo es el futuro, adoro el sol de las mañanas y mi mes favorito es noviembre. Nunca creí que llegaría a la Universidad, pero gracias a Dios estoy aquí. Estu-

dio psicología, escribo en mis ratos libres, me gusta caminar y soy muy sentimental. Hay días en los que quiero comerme al mundo y otros en los que quiero que el mundo me coma a mí. Sea como sea, siempre sigo aprendiendo. Porque como leí alguna vez por allí: «Tal vez así es la vida, llena de calmas y tormentas», y no podría estar más de acuerdo.



Plic plac

«Plic plac, plic plac, plic plac» es el sonido de la lluvia al caer en forma de pesadas gotas gordas contra los techos de lámina y mantas de plástico que cubren los puestos y ventas del mercado municipal. Verduras, zapatos, ropa de segunda mano, frutas, puestos de comida callejera. La lluvia moja el suelo terroso, se escucha el motor de los buses colectivos que hacen la respectiva parada y el típico grito de los choferes: «Al fondo hay sitio», cuando todos los pasajeros parecen estar más apretados que en una lata de sardinas. Ese era mi día a día, una visión de lo más común, con días soleados, con lluvias suaves o fuertes, con cielos nublados o días donde el azul del cielo parecía no tener fin. Ese panorama quedó grabado en mi mente desde los 7 años, cuando me adentré en la vida del comerciante ambulante.

Mi mamá tenía una carreta color naranja en la que vendía plátanos fritos con crema y azúcar, y las deliciosas papas fritas, de esas papas cortadas en trozos pequeños a las que

les puedes poner salsa dulce de tomate y salsa verde picante a montón. Su día empezaba despertando temprano para ir al mercado a comprar lo necesario, regresaba a casa a preparar todo lo necesario y por las tardes se marchaba a vender en la carreta hasta el anochecer. Al principio, yo solo era la ayudante: abría las bolsitas plásticas de los platos para llevar, empacaba los pedidos, buscaba cambio cuando se acababa y compraba las cosas que hicieran falta en el puesto mientras mi mamá atendía. Ella me enseñó todo: cómo preparar, cómo servir, cómo atender al cliente. Y lo aprendí. Cada día después de la escuela, me cambiaba el uniforme, almorzaba y la acompañaba a trabajar; mi papá era albañil, así que a él solo lo veía muy temprano por las mañanas y muy tarde por las noches.

No teníamos dinero. Algo que no es del todo anormal en un país como Guatemala. Fuimos una familia de clase media baja. Mis padres me dieron estudios, un techo, amor, un hogar —cuando no peleaban—. No obstante, las penurias no faltaron. No teníamos para comprar algo en la tiendita de la escuela, los uniformes eran viejos, las calcetas escolares tenían hoyitos pequeños en los dedos de los pies, la ropa era heredada de hermana a hermana —éramos cinco niñas en mi familia y dos hijos varones—, los zapatos estaban desgastados y apretaban de verdad. Lo pienso y repienso, a veces realmente no puedo creer que ni siquiera tuviéramos un quinto para ir a un café internet, ni para cuadernos, o simplemente para lapiceros. Ahora que lo recuerdo, es gracioso: había días en

los que usaba el dinero del pasaje de bus para comprarme un helado y luego regresar caminando a casa.

Mi mamá nunca se rindió, luchó con uñas y dientes para construir nuestra casa, porque ella lo hizo. Mi padre fue la mano de obra, pero ella fue la que trabajó noche y día para salir adelante a pesar de la pobreza en la que nació. ¿Fue fácil? Claro que no.

Fueron sacrificios tras sacrificios, una niñez en la que nunca supe lo que es jugar en la calle con los amigos; a la fecha aún no sé lo que es ir de fin de semana a descansar en familia. Y ahora que lo puedo hacer, es algo que simplemente no se siente bien. Mi mamá me enseñó a comerciar, nos lo enseñó a todos. No era explotación infantil, éramos hijos vendiendo en las calles para sobrevivir.

Era divertido y al mismo tiempo no. Hay cuadros que simplemente mi mente casi no recuerda, escenas de hace menos de diez años y es como si estuvieran bloqueadas en mi mente, cerradas con cadena y candado. No me malentiendan, me gustaba vender, tuvo sus momentos divertidos, había clientes graciosos, historias entretenidas, comida deliciosa, aprendí a hacer cuentas rápidamente en mi cabeza y a apreciar las pequeñas cosas. Nunca me avergoncé de vender en el mercado... pero dolía.

¡Ay, Dios mío! Cómo me dolieron los regaños de los clientes cuando no les atendía bien. Si no era lo suficientemente rápida para despachar, o si no era lo suficientemente rápida

para cobrar, o si se enfriaban las papas fritas después de pasar demasiado tiempo. Dolía cuando personas malintencionadas me estafaban, o cuando me insultaban, porque aquellos que venden en las calles son unos ignorantes, ¿no?

Y, claro, las burlas. Hay niños que a veces son muy crueles sin razón, a mi yo de nueve años le hubiera encantado haberlo sabido antes.

A los trece años empecé a vender sola en la carreta naranja de papas fritas. Mi mamá comenzó a cansarse mucho, y mis hermanas acababan de conseguir trabajos más formales para poder seguir pagando sus estudios. ¿Sabían cuál era el problema? Me aburría mucho, tanto, que casi casi me dormía ahí sola. No todo el tiempo uno se mantenía ocupado. Pero se me ocurrió una idea: para no aburrirme empecé a leer los libros viejos que había en mi casa. Fue poco a poco. Libros con relatos para niños, porque mi comprensión lectora aún era pobre; así, hasta que empecé con Poe, Márquez, y autores de mi país, como Macal. Leía en el mercado, hasta que alguien le dio el chisme a mi mamá. «La niña lee en lugar de ver la venta, así no les pone atención a los clientes», dijeron. Claramente, mi mamá me regañó, dijo que si no dejaba eso tiraría y quemaría todos mis libros. Según mis papás, los libros eran del Diablo, porque te metían ideas nuevas y malas en la cabeza —no los culpo, crecieron en familias ultraconservadoras donde creían que solo los hombres podían estudiar. Mi papá solo estudió hasta sexto grado, y mi mamá solo asistió a

primer grado de primaria; esto debido a los terribles 36 años de guerrilla en Guatemala.

No hice caso, tal vez fue mi entrada a la adolescencia, tal vez fue que me cansé de ser considerada menos por mi oficio, tal vez se despertó en mí una etapa de rebeldía alimentada por el deseo de simplemente llevar la contraria a mis figuras de autoridad. No lo sé, aun así, seguí leyendo. Tampoco crean que soy la persona más culta del mundo, no, por supuesto que no. Los mismos libros viejos eran los que leía una y otra vez porque, lastimosamente, los libros son como las joyas, piezas únicas bellamente caras.

Para agregar la cereza al pastel, además de enojar a mis padres con mis lecturas en horas laborales, en mí se metió la idea de ser escritora. ¡Así es! Mi yo adolescente los quiso torturar más diciéndoles que de grande quería probar suerte en el nada seguro mundo de las letras. Les hubiera hecho más felices si les decía que quería ser doctora. Fueron días tristes, me sentía más sola que nunca. En algún punto, llegué a creer que tal vez en verdad mi sueño era muy tonto. Entonces lo enterré.

Pasaron los meses. La Katerin de quince años no sabía qué iba a ser de grande, y como en mis genes viene integrada una gran timidez e introversión, no me fue fácil seguir adelante. En las clases del instituto no me iba tan bien. No entendía nada y el nerviosismo lo sentía a flor en piel; nunca me había sentido más tonta que en esa época.

Durante muchos meses perdí la esperanza. Podría sonar tonto, es decir, tenía alrededor de dieciséis, pero se sintió como una crisis de identidad. Y fue así, hasta que internet trajo a mí la noticia de un certamen literario que se llevaría a cabo en otra ciudad cercana. Escribí mi primera historia, aunque de manera muy sosa —aún lo hago—, y la envié. Al par de meses recibí la noticia en la que se me notificaba ser ganadora de una mención honorífica, ¡nunca había sido más feliz! Mis padres me acompañaron a la premiación, no entendían mucho de la situación, pero igual estaban contentos.

La historia no termina ahí, porque mi vida no fue en subida desde ese momento. Después de eso, tuve muchos problemas más, heridas que se clavaron en mi alma y autoestima, momentos que preferiría olvidar y emociones que desearía nunca haber sentido. Pero así es la realidad, la vida es así, llena de calmas y tormentas. Mis papás no siempre están de acuerdo con mis decisiones, y está bien, porque solo me queda demostrarles de lo que soy capaz.

Todo cambia con el pasar del tiempo, además del frío golpe de realidad y nuestros gustos a desarrollar. Ahora quiero ser psicóloga, estoy en mi segundo año de universidad, escribo de vez en cuando, en un par de ocasiones he ganado certámenes literarios y sigo siendo comerciante. Lo que cambió es que ahora ya no vendo papas fritas en el mercado municipal. Ahora, por las noches y a unas calles de mi casa, vendo asados

y un plato típico llamado garnachas, es un buen ingreso para apoyar a mi familia y lo que necesito en la universidad.

Y lo mejor de todo, mis calcetines ya no tienen hoyitos, tengo ropa solo para mí, puedo comprarme los helados que quiera y, gracias a Dios, tengo un techo en donde escuchar el «plic plac, plic plac, plic plac» de la nostálgica lluvia al caer contra la lámina desde la confortabilidad de mi hogar.

Tercer lugar

LICETH DAYANA HOLGUÍN BELTRÁN

Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca – Colombia



Mi nombre es Liceth Dayana Holguín Beltrán, originaria de Bogotá, Colombia, estudiante de Trabajo Social y apasionada por las letras.

Más allá de la formalidad de la academia, soy el millón de palabras, afectos, caminos y recuerdos que trae consigo mi nombre. Soy Liz, Lizzy, Dayis y varios apodos más.

Soy el orgullo que inunda mi pecho cuando recuerdo todos los pasos dados, las peleas ganadas, los poemas recitados, las aulas transitadas y las semillas sembradas.

Soy la rebeldía que de mí emana, las palabras que me han regalado, los libros que he amado y cada una de las letras que me han construido. Soy la sonrisa de mamá, el abrazo de los amigos, las caricias y el aliento de los más cercanos, el amor de quienes han pasado por aquí.

También soy la oscuridad que en mí habita, las veces en que he caído, el abismo que parece no tener fin, los sueños que se han ido. Soy el dilema, la lágrima desbordada y la valentía que frecuentemente se escapa de mis manos. Soy la gran coincidencia de compartir natalicio con mi gran amor literario; uno de sus cronopios, una de sus flores.

Soy de luna, de melodía, de poemas y de cielo. Soy estas letras que tienen entre sus manos y escribo porque en las palabras encontré una forma de estar en el mundo, de aferrarme a él. Escribo para existir, para resistir, para amar e incluso para ir hasta el final, aunque eso signifique perder la cordura.

Escribo porque soy y soy porque escribo.



Entre sombras y letras

« En algún lugar de la Mancha, de cuyo nombre» espero nunca olvidarme, bajo un cielo cambiante, y una ciudad cargada de historias y contradicciones, vi por primera vez la luz del mundo. En un día que ahora parece algo lejano, el caos de Bogotá se mezcló con mi primer llanto, marcando el inicio de una vida que estaría inevitablemente destinada a entrelazar palabras y emociones.

Sin saberlo, la atmósfera de una ciudad que parece perpetuamente envuelta en añoranzas me conduciría a ser una narradora de silencios y sombras. Escribir fue una elección natural, un destino prescrito. Algo que resulta comprensible, considerando que comparto natalicio con el gran Julio Cortázar, lo que representa una infinita responsabilidad al momento de honrar su memoria.

Mi relación con las palabras comenzó en la infancia. Las rondas y canciones, la biblioteca de mamá, mi colección inicial de libros en pasta dura —*La escuela de mis ositos*— y las

lecturas en las piernas del abuelo fueron mis primeros tesoros, mismos que me llevaron, con tan solo tres años, a pisar por primera vez un salón de clases, y a encontrar una pasión por el conocimiento de la que ya nunca quise separarme. Así, lo que empezó siendo una casualidad, terminó transformándose en la mejor de las posibilidades.

Desde esa tierna edad, ya me encontraba atrapada en los misterios del universo y buscaba descifrar el lenguaje de las nubes, de la lluvia y de las flores. Con el pasar del tiempo, la curiosidad se transformó en una constante ola de preguntas y escuchar, crear o contar historias era la actividad más maravillosa. Mi joven mente comenzaba a explorar la idea de que todo tiene una voz, un secreto, algo por decir. Así, cada pedacito del mundo se convertía en un texto inacabado, dispuesto a conversar, a ser leído y plasmado a través de la escritura con la misma intensidad con la que yo lo vivía.

A medida que crecía, mi fascinación por las letras se profundizaba. Descubrí el placer de perderme en los libros, haciendo de ellos el mejor refugio y la más grande compañía. La soledad, que por momentos se sentía como una abrumadora carga, terminó transformada en una aliada silenciosa, encargada de brindar las horas suficientes para comenzar a explorar mundos lejanos.

Cada libro era una puerta abierta a un nuevo universo, una apuesta por construir una sólida identidad. De esta pasión nació el amor por la escritura, pues, en mi afán por ex-

plorar el mundo, decidí ir más allá, dejando de ser espectadora para convertirme en la creadora de mis propias historias. Mis trazos sobre las agendas se convirtieron en mis compañeros inseparables y los versos en mi forma de expresar, sanar y soñar.

Con el pasar de los años, la vida me llevó por caminos inesperados, abriendo una abismal grieta en mi alma, misma que se llenó de vacíos y dolores hasta convertirse en una profunda herida. Esto desvaneció los colores de la alegría y pintó cada rincón de mi existencia con una paleta de grises que, para ese momento, parecía interminable.

Recorrer este camino durante la adolescencia fue como descender por un infinito túnel de sentimientos, donde la luz del final era siempre inalcanzable. Cada paso era un desafío y cada pequeño movimiento me empujaba a lugares más confusos y desalentadores. Un laberinto de emociones en el que me alejé de aquello que pudo ser mi salvación. Entonces, la tinta y el papel se perdieron entre recuerdos distantes, eclipsados por una tormenta interna que parecía arrasar con todo.

Mi voz era apenas audible y mi capacidad de narrar se desvanecería ante la vastedad de la hoja en blanco. Las palabras se volvían esquivas y los pensamientos que solían formar relatos coherentes se dispersaron en un mar de incertidumbre. Cada intento de escribir intensificaba mi confusión, haciendo que la distancia entre mi realidad interna y mi habilidad para plasmarla se volviera mucho más grande.

Sentada al borde del abismo, habitando entre requiebros de lo que solía ser y a punto de rendirme con las palabras y con la existencia misma, comprendí la necesidad de hacer un retorno a los orígenes, a donde todo comenzó. Tuve que volver a la tinta, pero esta vez usando otro lugar de enunciación. Con tan solo quince años decidí abrazar la literatura desde la academia y adentrarme en este universo a través de la docencia. Una licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana haría de las letras mi forma de vida, mi sello personal. Por supuesto, el regreso no fue tan natural y maravilloso como el primer acercamiento; era algo más catártico, más urgente. Ahora necesitaba plasmar todas y cada una de estas insoportables sensaciones en un espacio del que jamás pudiesen escapar.

A medida que me sumergí nuevamente en la literatura, esta se transformó en una necesidad vital: escribir para sacarlo todo de adentro, escapar a la tristeza, ser lo que nunca se pudo ser, para continuar viviendo... «escribir para existir y resistir».

Escribir para existir alejada de ese caos en el que me había convertido, para resistir ante mí, ante la brutalidad de la vida y la ausencia de una justicia divina. Escribir como forma de rebelión contra la tristeza y una manera de reclamar mi lugar en el mundo.

Por años, este simple juego de palabras ha sido mi mantra, mi talismán, o quizá una plegaria. No recuerdo con precisión cómo ni cuándo adquirió tal peso, pero esa frase,

tan sencilla y a la vez tan poderosa, se convirtió en un ancla en los momentos en los que todo parecía desmoronarse.

Con el tiempo, aquel destino marcado hacia la escritura ha sido más que un refugio. Se ha transformado en una utopía y una razón de ser. Desde allí he tomado la decisión de explorar el mundo a partir de las letras, las mías y las de cientos de personas con quienes he tenido la posibilidad de compartir esta pasión.

Hacer de la literatura un propósito y una profesión —o dos— me ha llevado a construir caminos en lugares que jamás imaginé alcanzar. Llevar mis letras a los Llanos Orientales, al Altiplano Cundiboyacense, al Valle del Cauca, a los más importantes medios nacionales, a los pabellones de la Feria Internacional del Libro de Bogotá (FILBO) o a un complejo penitenciario, tejiendo una red de conexión y creatividad, me han permitido crear espacios en los que la escritura florece y resuena con fuerza. Lo que comenzó con simples interrogantes se ha transformado en ejercicios de promoción que siembran semillas literarias, que logran cambiar realidades e incluso salvar vidas.

Cada una de estas experiencias me permitió conocer las historias complejas y crueles de nuestro país, líneas de vida que han estado escritas con lágrimas o sangre, que ceden ante el peso de la desesperanza. He sido testigo de la forma en que la violencia ha marcado generaciones, dejado profundas ci-

catrices en los lugares en los que el eco de los disparos resulta más fuerte que el murmullo de la paz.

Por años, se han escrito con dolor historias que parecen destinadas a desaparecer en la sombra. Sin embargo, en medio de la adversidad, las aulas —las mías y las de miles de colegas más— se han convertido en espacios de resistencia, lugares en los que diariamente nos enfrentamos a la imposición del silencio y el olvido.

Desafiar el destino en estos contextos no es tarea fácil, pero para cientos de jóvenes las palabras ya no son solo letras en una página; se han vuelto una herramienta para caminar, sanar y recordar que en la oscuridad aún florece la luz. Hacer parte de este horizonte me ha llevado a profundizar en esta misión, ahora desde el trabajo social, contando con la firme convicción de que es posible rescatar del olvido a quienes por años han sido silenciados, para contribuir a la construcción de un país más justo y solidario.

Estas experiencias son manifestaciones vivas de mi identidad y de mi lucha por permanecer en un mundo que a menudo se torna confuso. Los lugares transitados, cada texto construido en conjunto y las historias compartidas son ahora una extensión de mí misma. Es esta mi forma de respirar, de darle un sentido a la incomprensible realidad, de no ceder ante las sombras que constantemente me envuelven.

Sin embargo, no siempre es un proceso sencillo. Aún hay días en los que todo comienza a desvanecerse, alejándose

de mí como un eco perdido. Días en los que me siento cansada y triste, «inmensamente triste a la muerte», como dijo Ismael Enrique Arciniegas en *A solas*. Por momentos parece que se han acabado todas las formas creativas para explicar lo que duele y que cada intento de aferrarse a este cuerpo o a la vida misma se siente vano, como si de intentar abrazar la niebla se tratase.

Suelo caer en un lugar en el que cada página en blanco, el trazo ilegible que realiza mi mano y las líneas que no logro leer son un cruel recordatorio de mi momentánea incapacidad para conectar con lo que alguna vez me inspiró. Aquí tengo miedo. Miedo de no querer volver, pues mis palabras se transforman en fantasmas impregnados de melancolía. Los minutos se deslizan en la monotonía de lugares comunes en los que me juré nunca caer, los cafés huelen a despedidas inevitables y la ausencia de las colillas que jamás me pertenecen duele con un peso aún mayor. Durante estas horas solo me reconozco en los trozos de aquellas incontables pérdidas que me han atravesado, en los rastros de grandes amores.

Y es justo en ese sentimiento en el que aquel «escribir para existir», que un día pronuncié y que desde ese instante llevo ya bastante arraigado en el alma, toma sentido y fuerza. Es ahí cuando reconozco que soy fragmentos, retazos, tejidos e historias inconclusas, y los uso para recomponerme. En este espacio casi no me nombro, solamente escribo y hago de la tinta un instrumento que me permite comprenderme más allá

del constante deshabitar en el que caigo. Muevo las fichas a mi favor —o es lo que trato— y las uso para llevar estas palabras como consigna, para construirme nuevamente y para hacer del amanecer la inspiración perfecta.

Escribo, sin saber muy bien cómo o por qué, pero con la esperanza de que, en horas como estas, cuando la memoria vuelve a pasar por el corazón, pueda recordar que, aunque mi historia ha sido una tormenta de emociones y sentimientos confusos, también he logrado resistir, gritar, crecer, alzar la voz, por los otros y por mí. Amar, amar con el alma, con la tinta y con la vida entera.

Escribo pensando en que, a pesar del miedo, debo volver para reconocer que soy la oscuridad y los sueños que se han ido; el dilema, la lágrima desbordada, la valentía que frecuentemente se desliza como arena entre mis manos y he tenido que plasmar en la piel como símbolo de lucha. Pero, también, para hacer saber que soy la sonrisa de mamá, el recuerdo terrenal de mi padre, el amor de quienes han pasado por aquí, las luchas ganadas, los territorios visitados, los poemas recitados y las semillas sembradas.

Entonces decido que continuaré haciendo con mis palabras un camino, que construiré mi senda a partir de letras y libros. Que fui, soy y seré gracias a la literatura y al lenguaje, quienes me dan el chance de ser todo esto. Mientras escribo, por fin, reconozco el valor de estos logros y abrazo con cariño los títulos de «licenciada», «trabajadora social» y «profe»

que me atraviesan, enorgulleciéndome de todas estas pequeñas cosas que, por azar, designio, destino o decisión, ahora llevan mi nombre.

Y es que tener un nombre, reconocerse en él y hacerle un espacio en el mundo no es tarea fácil. No sé si algún día lograré contar todo sobre esas frases que me identifican y sobre mi historia, pero sé que cada palabra escrita es un fragmento de mi verdad, un reflejo de una vida vivida entre letras.

Mi historia es la historia de la hoja en blanco y la de un profundo temor a enfrentarse a ella, que se ha convertido en toda una vida marcada por las letras, la compañía de los poemas y la eterna búsqueda de sentido en un mundo lleno de misterios.

Cierro estas líneas contándole a todo aquel que un día se cruce con ellas que escribo porque esta es mi manera de vivir plenamente, de amar a profundidad y de caminar con valentía. Si en todo este proceso, algo resuena con alguien más, si mis palabras pueden tocar un corazón o inspirar una mente, entonces habré cumplido mi sueño más grande y ganado lo más valioso que puedo desear: la conexión con otro ser humano.

Primera mención

TATIS GUINAR

Universidad Misión Paz – Colombia



Tengo un nombre, una identidad y una historia que contar. Soy Tatiana Guilombo Narváez, más conocida como Tatis Guinar, una mujer que ha prendido a danzar bajo la lluvia, a encontrar la belleza en medio de la tormenta y a confiar en que Dios siempre está presente, incluso en los momentos más oscuros.

Si me preguntas quién soy, te diré que soy un ser en constante evolución, un espíritu resiliente que ha encontrado en la fe y en el amor propio la fuerza para levantarse después de cada caída. Soy como la semilla que debe morir para germinar, como la mariposa que emerge de su crisálida transformada y fortalecida.

Mi vida no ha sido fácil, pero cada desafío y cada lágrima han sido un peldaño en la escalera de mi crecimiento personal. He conocido la debilidad, el miedo y la duda, pero

también he experimentado la fortaleza, la esperanza y la fe inquebrantable en un poder superior.

Me impulsa el deseo de aprender, de crecer, de descubrir el potencial que Dios ha sembrado en mí. Cada día es una oportunidad para reinventarme, para abrazar mi esencia y compartir mi historia con el mundo.

Mi mayor anhelo es que mis palabras sean eco de fe y fortaleza para aquellos que se sienten perdidos o desanimados. Quiero que sepan que no están solos, que la sanación es posible y que el amor de Dios es un faro que ilumina nuestro camino.



La niña buena

Nací en un mundo que no me esperaba, la última pieza de un rompecabezas familiar incompleto. Mi sonrisa se convirtió en un bálsamo para la decepción de mis padres, quienes, después de dos niñas, anhelaban un varón. Me convertí en la niña consentida, rodeada de amor y atención, la salvadora que traía alegría a un hogar que la necesitaba.

Mi infancia fue un torbellino de emociones, marcada por la profunda conexión con mis hermanas. Ales, la mayor, era mi guardiana, mi confidente y la falsificadora experta de mis reportes escolares. Gorda, mi hermana del medio, era la maga de la cocina, quien convertía cualquier ingrediente en una explosión de sabor que alimentaba no solo mi cuerpo, sino también mi alma.

Sin embargo, el tiempo, ese ladrón implacable, se encargó de transformar nuestro idílico mundo. Mis hermanas crecieron, sus intereses cambiaron y yo me quedé atrás, aferrada a los recuerdos de una complicidad que se desvanecía.

Sus partidas de casa, abruptas e inesperadas, dejaron un vacío inmenso en mi corazón, un silencio ensordecedor que solo se intensificaba con las constantes peleas entre mis padres y mis hermanas.

Como resultado de toda esta dinámica familiar, me convertí en «la niña buena»: aquella que siempre estaba dispuesta a ayudar, a reconciliar, a restablecer ese mundo ideal al que se aferraba y a sacrificar sus propios deseos por los de los demás. Olvidé que yo también era importante, que debía ser mi prioridad.

La consentida, protegida y amada se vio repentinamente sola, en medio de una guerra sin fin. Mi corazón, antes rebo-sante de alegría, se llenó de un vacío abismal, una montaña rusa de sentimientos que me consumía. Me convertí en un huracán de inseguridades y dudas. La montaña rusa no se detuvo, solo se intensificó: cada caída era más profunda, cada giro más vertiginoso.

En las noches, cuando el silencio era mi único compañero, «la niña buena» lloraba en secreto, buscando consuelo en la almohada que ya no era tan suave. Las lágrimas mojaban mis mejillas, dejando un rastro de sal que sabía a fracaso y desilusión.

Era la negociadora entre dos países en guerra, dos bandos irreconciliables: mis padres y mis hermanas. Mi objetivo, frágil como el cristal, era evitar el estallido final, el fin de los diálogos por culpa de la diplomática que no pudo cumplir

con su labor. Un título que nadie me había otorgado, pero que asumí con la resignación de un cordero que es llevado al matadero.

Mi cerebro aún inmaduro no podía procesar la realidad. No entendía la furia que habitaba en mi hogar, la batalla campal que se libraba entre mis padres y mis hermanas. Eran dos bandos hablando idiomas diferentes, dos mundos que chocaban con la fuerza de un terremoto.

Mis padres, guardianes de un castillo invisible, habían construido torres altas y murallas dobles para proteger a sus princesas del mal exterior. Su amor, aunque bienintencionado, era asfixiante, una jaula dorada que reprimía las ansias de libertad de ellas.

Mis hermanas eran dos jovencitas cansadas de seguir normas extremas, sin sentido para su razonamiento en desarrollo. Ellas se enfrentaban día a día entre el reglamento inquebrantable de papá y mamá, y la libertad que el mundo les ofrecía por medio de sus amigos que vivían en otro planeta, uno más amigable.

Ales era la niña perfecta: inteligente e idealista. Su éxito académico era motivo de orgullo para mis padres, pero también de una presión insoportable. Cada carita feliz, cada mención de honor, era un recordatorio de que la perfección era su única opción.

Gorda, quien por ser la del medio, siempre luchó por llamar la atención, se convirtió en el alma de la fiesta. Le im-

portaba poco la excelencia académica; su mundo giraba en torno a las risas, los amigos y la diversión. Vivir la vida loca era su lema, aunque en casa tenía que guardar las apariencias, debía ser una niña de casa.

¿Cómo culpar a mis hermanas por su sed de libertad? Eran almas jóvenes, con ganas de vivir y explorar el mundo que mis padres les negaban. ¿Cómo juzgarlas por romper las leyes incorruptibles, esas que las ahogaban? Y mis padres, ¿eran los villanos de la historia? No. Ellos amaban a sus hijas, las cuidaban y las protegían con la fiera de un león. Su error fue creer que podían controlarlas, que podían protegerlas del mundo para siempre.

Para mí era imposible ver a mis padres como los malos. Veía cómo cada día se esforzaban por darnos lo necesario en medio de la escasez. Eso era amor, o por lo menos yo lo descifraba de esa manera.

Mi corazón se debatía entre la lealtad a mis padres y el amor por mis hermanas. Era una cuerda floja donde caminaba con los ojos vendados, sin saber si un paso en falso me haría caer al vacío. La guerra en casa no tenía vencedores ni vencidos, solo dolor, rencor y heridas que tardarían años en sanar.

Si no podía culpar a nadie, entonces debía asumir la responsabilidad. Esa era la lógica que impulsaba mi papel de «la niña buena». Un rol que me llenaba de presión, pero que también me daba una falsa sensación de control en medio del caos que me rodeaba.

En ocasiones, el peso del mundo parecía aplastarme. El personaje de «la niña buena» me quedaba grande, me consumía. Un día de esos que no planeas, encontré un refugio en las pastillas. Un medicamento hipnótico que me apagaba el mundo me inducía a un sueño artificial a cualquier hora del día.

Poco a poco me fui desdibujando. La imagen en el espejo ya no era la mía. La niña valiente y determinada que asumía responsabilidades se había convertido en un ser somnoliento y cobarde. Cualquier situación, por mínima que fuera, me empujaba a buscar la salida rápida en una pequeña pastilla, fácil de esconder.

Mi adicción al medicamento llegó sin previo aviso. Al principio, solo lo usaba para descansar, para escapar de las constantes peleas entre mis padres y sus reproches por lo sucedido con mis hermanas. Empecé con una pastilla, luego dos, y así, sin darme cuenta, perdí la cuenta de cuántas necesitaba para lograr el efecto deseado.

El síndrome de «la niña buena» trascendió las paredes de mi casa. Se convirtió en mi personaje de tiempo completo en todas las áreas de mi vida. Nadie lo notó, ni siquiera yo misma. Solo veía mi afán por agradar a la gente, por suprimir mis deseos y poner los de los demás por encima de los míos.

Llegué a un punto en el que ni siquiera sabía si quería algo. Mis deseos y gustos se fueron adormeciendo, ahogados en el mar de complacencia que me rodeaba. La vida pasó sin

darme cuenta. Todos avanzaron, mientras yo me perdí en el proceso.

«En el camino se alivian las cargas», dice un refrán popular. Y sí, las cargas se aliviaron, pero no por mis esfuerzos como «la niña buena». Mis hermanas maduraron y mis padres finalmente comprendieron que su forma de actuar no era la correcta. La paz llegó a nuestro hogar, pero no gracias a mis negociaciones, sino por el paso natural del tiempo y la experiencia.

La vida, con su cruel sabiduría, me enseñaría que, a veces, las cosas no salen como uno las planea: por más tratos que expusiera en la mesa de negociación, esa no era mi guerra. Sin embargo, la derrota me enseñó a luchar la batalla correcta: la batalla por el amor propio.

En medio de la oscuridad, encontré un rayo de esperanza: mi familia, el tratamiento psicológico y la fe en Dios fueron la mezcla perfecta para mi sanación. Me brindaron el amor y apoyo que necesitaba para canalizar mis emociones y aceptar mi situación. Aunque fue difícil, comprendí que era necesario para adquirir la madurez y las herramientas que me permitirían enfrentar el futuro.

Hoy, en mi camino hacia la recuperación, aún cargo con las cicatrices del pasado. Sin embargo, algo ha cambiado: soy mi prioridad. He aprendido a poner mis necesidades en primer lugar, a cuidarme y a valorarme. La victoria más importante no se gana en una mesa de negociaciones, sino en

el interior de uno mismo. La verdadera batalla es la del amor propio, por el derecho a ser feliz. Y esa batalla yo la he ganado.

Mi historia se sigue escribiendo, impredecible y llena de desafíos. No sé qué nuevas pruebas me esperan ni cómo enfrentaré la incertidumbre del futuro, pero ahora, con la fuerza y la sabiduría que he ganado, estoy lista para cualquier cosa que venga. He aprendido que la verdadera fortaleza no reside en evitar las tormentas, sino en aprender a bailar bajo la lluvia. Cada capítulo por venir me dará la oportunidad de crecer y encontrar nuevas formas de ser feliz. Con el corazón abierto y la esperanza renovada, estoy lista para escribir las próximas páginas de mi vida.

Ya no soy «la niña buena» que se desdibujó por encajar en un diseño ajeno. Esa última pieza del rompecabezas, que antes solo buscaba completar el vacío de otros, hoy ha encontrado su propio lugar, su forma única. He dejado de ser un eco para convertirme en mi propia voz, fuerte y clara. Mi historia es la prueba de que, incluso de la fragilidad, puede nacer la más inquebrantable de las libertades: la de ser y testificar que soy hechura suya, creada para vivir el propósito que Dios me ha dado (Efesios 2:10).

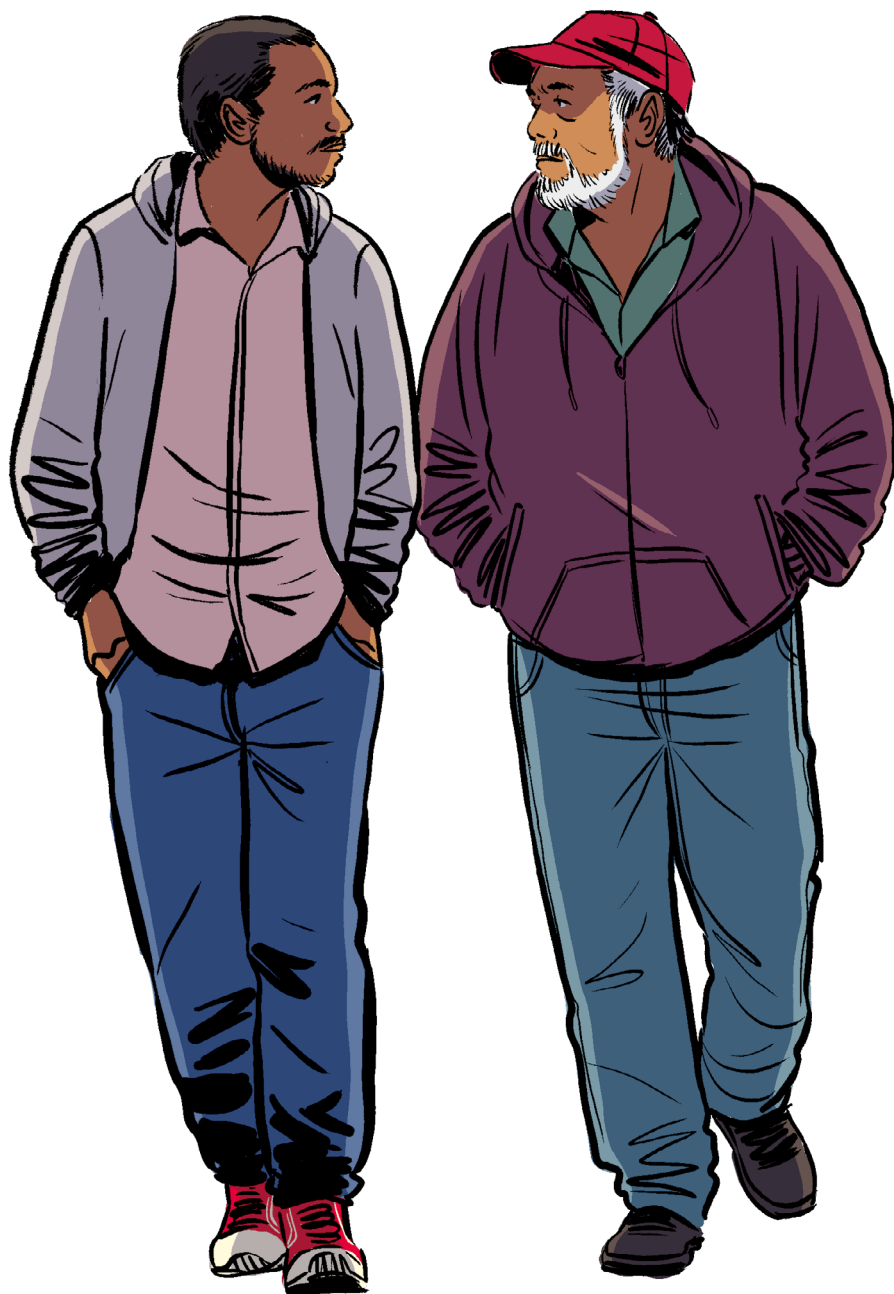
Segunda mención

JUAN CAMILO BERNAL VELASCO

Universidad La Gran Colombia – Colombia



Soy Juan Camilo, tengo 21 años y estudio para ser docente de español. Me gusta la literatura, aunque disfruto más leerla que escribirla. Cuando escribo, suelo prestar especial atención a la puntuación sin descuidar lo narrativo. Compartí este relato no para dar a conocer mi orientación sexual —como algunos podrían pensar—, sino porque me pareció interesante, en parte divertido y digno de ser contado, por la forma en que sucedió. Lo que alguna vez me pareció impensable, hoy puedo hablarlo con tranquilidad con mis seres queridos. Espero que el lector no solo lo encuentre entretenido, sino también reflexivo.



De cuando le conté a mi papá

Hace varias semanas mi abuela Minía me pidió que la acompañara a Boyacá para exhumar el cadáver de su madre, pues el depósito en el que estaba era alquilado y el tiempo del préstamo ya se había vencido. La tarea era sencilla: ir, pagar la deuda, exhumar el cadáver y pasarlo a un osario. No nos tardaríamos, tan solo dos días y al tercer día saldríamos temprano hacia Bogotá.

Minía tuvo un accidente y se lastimó ambos pies, por lo que el viaje se planeó de nuevo y esta vez iría solo mi papá, cosa que yo no sabía. El día del viaje me ofrecí para reemplazar a mi mamá en su trabajo, pues había una fuga de agua en la casa y ella se había quedado para repararla. Estaba distraído cuando salí y olvidé las llaves para abrir el local. Como no tenía nada que hacer, fui a donde mi papá.

Minía se sorprendió cuando llegué, dijo que Dios me había enviado. Me contó del viaje y me propuso que fuera con

mi papá. Creí que era una mala idea; todo iba muy rápido, pero acepté. Mi papá y yo iríamos a Boyacá. Solos, él y yo.

Fuimos al Portal Norte, tomamos una flota y más de cuatro horas después llegamos a Boyacá. Teníamos que buscar al tío Víctor, él nos permitiría quedarnos en su casa mientras hacíamos la encomienda. Cuando anochecía y ya en casa del tío Víctor, hablamos con él sobre el costo de vida, sobre la misma vida y sobre cómo estaba la familia. Nos acostamos a las ocho de la noche, a esa hora ya se sentía tarde en aquel lugar.

Dormimos doce horas. Nos levantamos y fuimos al despacho del padre, allí estaba su asistente, quien nos indicó en qué tumba estaba mi bisabuela y nos explicó todo sobre cómo funcionaban los osarios. Cuando íbamos a comprar el osario, nos enteramos de cuánto era la deuda del cadáver. Mi papá resolvió esperar para hablar con el padre y ver si era posible un descuento. Él llegaría apenas a las cuatro de la tarde para dar una misa, así que visitamos un pueblo aledaño para pasar el tiempo; no podíamos desperdiciar el viaje en solo papeleo.

El lugar era muy agradable y daba una sensación de sosiego. Vi la casa en la que alguna vez vivió mi bisabuela, estaba casi en ruinas. Nos hicimos en un parque frente a una capilla de color rojo y nos sentamos en unos columpios, pero no me pude balancear, estaban diseñados para niños.

Después de unos minutos de apreciar la vista, mi papá me preguntó: «¿Cómo se ve en diez años?». Vi venir esa pregunta. Luego me preguntó si ya había tenido sexo, si tenía

novia y si me había drogado antes. Respondí todas sus preguntas. Volvió con ímpetu un deseo a mi mente que guardaba desde hace unos años y en el cual cavilaba asiduamente. Con cada segundo que pasaba, este deseo tomaba aún más fuerza. Había llegado el momento.

Pensé en decírselo mientras estábamos en los columpios, pero él se levantó con prisa, ya casi eran las cuatro de la tarde. Cuando nos alejábamos de los columpios, mi valor desaparecía, ese parecía ser el lugar perfecto. Tomé lo que quedaba de una botella de agua para ganar tiempo y pensar mejor las cosas y en cómo lo platicaría con él, mas no porque tuviera sed.

Alcancé a mi papá, que se había adelantado unos metros, y le dije, intentando ocultar el nerviosismo:

—Pa, tengo que decirle algo.

—Dígame.

—Y lo quiero hacer porque tengo el valor ahora.

—Ajá —siempre ha sido de pocas palabras.

—Pa, a mí... —tal vez aún podía arrepentirme— no me gustan las mujeres.

Pensé en decirle «soy gay», pero gay sonaba muy fuerte en ese momento.

—De lo que se pierde —dijo someramente.

Me reí. Era una risa nerviosa y de alivio, no tenía idea de cómo reaccionaría. Después de un momento, retomó:

—¿A lo bien? —preguntó, como deseando que todo fuera una broma.

—Sí —le respondí.

Durante el camino me hizo nuevamente las preguntas de antes, pensó que las respuestas cambiarían, junto a muchas otras preguntas. Me habló de falos y de actividades sexuales e intentaba hallar el origen o explicación de mi orientación sexual. Hubo largos silencios, el ruido de los carros y camiones al pasar ayudaba a distender la tensión. En un momento tuvimos que saltar una zanja, nos reímos porque me acobardé al principio, y todo lo demás se olvidó durante ese instante.

Mi papá habló con el padre, afortunadamente consensuaron un descuento de la deuda. Compramos el osario y fuimos a verlo al cementerio. Los restos de mi bisabuela tendrían su reposo eterno en la esquina superior derecha de un nicho.

Llegamos a la casa, hablamos con Víctor y su esposa, comimos y fuimos a dormir. Era la segunda noche que pernoctábamos en la misma cama, pero esa noche me sentía diferente. La cama era chica y podía sentir los resortes del colchón punzando mi cuerpo. Vi el celular y leí para distraerme o para mostrarme distraído ante mi papá, no dejaba de pensar en lo que había pasado. Fui al baño, me lavé los dientes y me quedé unos minutos reflexionando. ¡Sí, por fin se lo había dicho! Qué alivio, era algo tan pesado, que afligía... aunque, claro, aún faltaba decírselo a mi mamá, pero eso podía esperar; estaba feliz con lo que había logrado.

Antes de irnos para Bogotá, visitamos el cementerio. Jesús, el sepulturero, hizo una abertura en la tumba de mi

bisabuela y nos dijo que el cuerpo no estaba descompuesto completamente, por lo que habría que esperar unos días para que se aireara y que también tendrían que cortar el cadáver para que cupiera en el osario. No estaríamos presentes, así que el tío Víctor asistiría por nosotros.

Tomamos el bus que nos llevó a la terminal. En el bus mi papá tomó una selfi, creo que era la primera vez que lo hacía sin tener que pedírselo. Nos fuimos de copilotos en la flota, por lo que, durante el viaje, mi papá habló con el conductor y averiguó todo sobre él: dónde vivía, cómo le iba en el trabajo, si tenía esposa e hijos. Imagino que todo eso ayudó a que el viaje fuera más ameno y cómodo para ambos. Una vez en Bogotá, todo continuó con relativa normalidad, no se habló más del tema y quedó en el olvido durante algún tiempo.

Tercera mención

JHONIER MEJÍA GIRALDO

Universidad Autónoma de Occidente – Colombia



Soy un estudiante de Comunicación Social y Periodismo. Me cuesta mucho hablar de mí mismo, pero puedo decir que la escritura es una de mis grandes pasiones. No soy muy optimista, soy más bien realista y escéptico.

Añorante de Leo, mi perro y compañero de vida que perdí hace poco; amante de mi familia, a quien le debo todo; fanático del fútbol, que practiqué hasta la saciedad y hoy, años después, sigo espectando con fascinación; enamorado de la literatura, particularmente de la latinoamericana, en tanto sus historias me resultan cercanas y reveladoras, y embelesado por la música, especialmente por el hip-hop, la salsa, el rock y el soul.

Tengo muchas dudas en relación con las certezas de mi vida, pero si me preguntaran cuál sería el escenario ideal para ella en unos años, diría que dedicarme al agonizante perio-

dismo narrativo, una aspiración, cuanto menos, idealista. Tal vez eso sea lo que más me frustre: tener pasiones que, sobre el papel, no sirven para nada.

Veré qué me depara el destino.



El intruso

Nadie sabe quién mató a Pocholo. Lo encontraron los últimos días de agosto en la zona rural aledaña a El Vínculo, cerca de Buga. La escena fue grotesca: un cadáver atiborrado de hematomas, amordazado, con un trapo amarrado en la boca y sin una mano; su memoria —pisoteada por el pueblo— se hizo espectáculo, uno repulsivo y miserable.

Conocido era, sin embargo, el porqué. En menos de un mes le rayó la cara con un cuchillo a un niño por robarlo en un conocido parque del municipio, hurtó en dos locales comerciales del centro y, en mi caso, me despojó de mi celular. Mi incidente fue, al parecer, la gota que colmó el vaso, pues a los quince días exactos se conoció el fatal destino de Pocholo.

Los barrios bajos colombianos, en su mayoría, están más cerca del cielo. Es este el caso de Alto Bonito, una de las zonas populares con más tradición de Buga y el pedazo de tierra que parió a Pocholo. El sector se compone de unas cuantas manzanas que, por momentos, se tornan en una suerte de rampas

que suben y bajan a lo largo de pronunciadas pendientes. Estas se reparten en torno a un parque pequeñito, con una cancha de microfútbol que constituye la mitad toda del vecindario. Allí, Pocholo fue un joven querido, allí nació, allí se crió, allí jugó fútbol y elevó cometas entre las plastas de boñiga de vaca y la maleza urticante del potrero limítrofe. Allí, ante la falta de oportunidades, perdió la inocencia y allanó su corto camino en el hampa común.

Corría, pues, el mes de los ventarrones, opacado esa vez por el confinamiento subsecuente al coronavirus. Yo había sido acogido por el negocio familiar, al que me negaba a abrazar a causa de mi reciente y trillada tusa juvenil: fracasar en mi intento de ser futbolista profesional. El almacén queda a tres cuerdas de mi casa, unos cinco o siete minutos a pie, en todo el centro de la ciudad. Y como la rutina muchas veces es refugio, en ella me escampé y en ella mis penas novicias se secaron. Los días pasaban rápido y yo me acoplaba cada vez más a mi trabajo. Mi jornada era de 8:00 a.m. a 6:00 p.m., con descanso al mediodía. Mi día comenzaba a las 6:30 a.m. sacando a pasear a Leo, un *golden retriever* que hoy sigo adorando con mi alma.

En mi pueblo siempre me sentí seguro. No contemplaba de ninguna forma que algo malo pudiera pasarme: conocía las calles, la gente, el ritmo de vida —que, en contraste con el de Cali, donde viví un tiempo, me parecía una broma— y su tranquilidad; esa certeza luego perdida de que era un vividero

inmejorable. Así andaba yo por las aceras a diario, desprevenido, casi altivo. Las tardes bermejas me servían de escenario de vuelta a mi hogar, las transitaba sin ningún tipo de afán, con la mirada hacia el cielo y sin ganas de llegar hasta mi puerta.

Así fue como llegó el 14 de agosto. A raíz de un estúpido trasnocho, me desperté faltando unos diez minutos para las 8:00 a.m., entumecido y con las venas de mis párpados surcadas. Me alisté en un dos por tres y salí pitado para el negocio, donde me llevé una reprimenda de mi padre por impuntual. El día era frío y chispeaba con ligereza. Las calles estaban más solas que de costumbre y en el aire se sentía cierto espesor, como si se me estuviera castigando por anteponer mi ocio en días de quehaceres.

Era un día extraño desde el comienzo y, conforme pasaban las horas, esa atmósfera densa, como de presagio, que entonces no supe interpretar, se acentuaba. A pesar de mi extrañeza, la mañana se pasó de forma maquinal. Para el mediodía tenía un vacío interminable en mi estómago. Se vislumbraba ya una lluvia robusta, que sustituía a la tibia llovizna de las primeras horas del día. Me mojé un poco en el camino y estaba deseoso de tomarme un descanso, pero, al llegar a mi casa, me topé con otra responsabilidad: Leo. Llevaba al menos cinco horas esperando para ir a hacer sus necesidades, lo que me aplacó el filo y me obligó a llevármelo a un sucinto paseo rumbo al parque. Abrí la puerta, tomé

el collar, lo ajusté al cuello del canino y él, dócil no obstante sus urgencias, salió sereno rumbo al parque.

Al llegar a la esquina, el agua arreciaba, pero untado el dedo qué más daba toda la mano. Cruzamos la calle fantasmal sin mirar, se elevaba de pronto algo de neblina. Entre tanto, Leo se sentía a sus anchas en la vastedad del parque, oliendo la tierra mojada y correteando de un lado para otro.

El ayuno me hacía operar de manera autómatas, y en cuanto el perro volvió hacia mí, nos embarcamos en un rápido retorno en el que decidí cambiarme al andén que se situaba del lado de mi casa. Saqué la llave para ir al grano al llegar a mi puerta. El minuto que me tomaba llegar se me hizo eterno y yo, cual caballo de carga, tenía la mirada fija hacia al frente, inmóvil. Parado ya en la puerta, me pareció advertir la presencia de alguien con el rabillo del ojo. Sentí, súbito, un brusco jalonazo en el cuello de mi camiseta que me empujó hacia atrás. Al darme vuelta, me encontré con lo que parecía ser una peinilla herrumbrosa, de una longitud prolongada. El tiempo se dilató.

«Pasame todo lo que tenés, hijueputa», escuché.

Transcurridos uno o dos segundos alcé la mirada. Me encontré con unos ojos rojizos, no supe si era de la exasperación con que me hablaba, o por la marihuana que su aroma expelía.

Era un hombre joven de tez dorada, enjuto, de no más de 27 años, con la piel tensada en los huesos, tensión que podía reflejar el encono que sentía por la vida y su injusticia.

Lucía, además, un estilo de candado en su vello facial que consolidaba su aspecto de maleante. Llevaba una camiseta roja, medio harapienta, que le sobrepasaba en talla, y una pantaloneta blanca, igual de holgada, que aumentaba la sensación de palillos roñosos y enmarañados en vellos que daban sus piernas.

Yo había dejado mi celular en la casa. «Papi», dije, sabiéndome acaso apuñalado, «no tengo nada, revísame». El hombre me manoseó, y al no encontrar nada, me dijo: «Abra, que hace rato le vi las llaves, y no me vaya a tratar de cerrar», enfatizó, en tono burlesco, «porque le meto una matada».

Mi casa era una especie de combinación entre apartamento y local, pues el primer piso se componía de un espacioso recinto, independiente de la casa mediante una puerta y un zaguán, que antecedian a las escaleras por las que se subía al segundo piso. Allí, el ratero me punteaba con el delgado machete y me mantenía sujeto de la camiseta. Yo, como pude, abrí la puerta. Él me empujó hacia adentro. Correspondía, entonces, la caminata cuesta arriba más larga que he tenido en mi vida; como un bebé prensado a su padre, subimos.

Me recibió la sala principal, que siempre albergó el comedor en la mitad. Justo al lado izquierdo, después de subir las escaleras, había un equipo de sonido obsoleto que, al igual que el cuarto de al lado, era sujeto de abarrote doméstico y acumulaba todo cuanto pudiera ponérsele encima. No sé si fue el estupor, ya largo de todo el día, o el miedo que no me

dejaba razonar, pero en cuanto estuvimos arriba, me quise hacer el listo y me abalancé rápidamente hasta el equipo de sonido, donde reposaba mi celular, y lo tiré hacia el cuarto. «Escondo el celular y le doy la plata que tengo en la billetera», esa era mi idea, siguiendo una lógica propia de un total imprudente, de un idiota.

Por supuesto que salió mal, él me vio. Solo recrudecí el impulso del intruso que, como un perro rabioso se arrojó hacia mí, con la intención de rebanarme con su sable. «Esperate, esperate —le grité horrorizado—, ya te paso el celuco». Ya vencido, me fui hasta la pieza desmadejada, saqué el celular y se lo entregué.

El hampón bajó despavorido rumbo a la calle. Yo me quedé devastado, sintiéndome culpable. «¿Por qué andaba tan elevado? ¡Yo sí soy una güeva!». Con cavilaciones del estilo me quedé alrededor de diez minutos. Cuando reaccioné, me pregunté cómo había sido posible que el tipo me tuviera a sus anchas en mi propia casa y no se inmiscuyera a ver qué más se podía llevar. Se me antojó que estaba bastante azorado; se lo adjudiqué a que tal vez era novato. Recordé, además, que todo ese tiempo Leo estuvo conmigo y yo ni me había percatado. Seguro pensó que el ladrón, por sus maneras furtivas, era algún amigo mío o interactuaba conmigo de manera normal. «Menos mal no hizo nada», pensé, pues en ese supuesto habría sido muy posible que ambos resultáramos tajados por aquella oxidada arma blanca.

Se exacerbaron en mí ideas de baja calaña. Me ponía de acuerdo con ese espantoso proverbio que decía que quien abraza ladrones es porque nunca lo han robado y justificaba, por fin, como algo cíclico en todo el sector más o menos acomodado del país, el hecho de que el saldo que les debía quedar a los ladrones por sus fechorías era la muerte. Esa era mi miserable forma de tramitar mi estrés postraumático.

El 19 de agosto me llegó una inesperada noticia: llamaron a uno de mis primos. El segundo apellido en común fue clave. Le preguntaron, después de mirar la novedosa ficha médica que el celular permitía llenar, que si yo era pariente suyo. Acto seguido él me llamó para informarme y ponerme en contacto con un sujeto que compraba celulares robados en Alto Bonito. Ese mismo día, a eso de las cuatro de la tarde, me encontré con él en mi casa. Tuve que darle el mismo dinero que él había gastado por el celular. Según él, debía «reconocerle su inversión». Pagar para que me devolvieran lo que era mío.

El hombre me contó que quien me robó fue Pocholo, que llegó a su local presa de un afán apremiante, ese que sienten quienes tratan de no dejar rastro desde hace un tiempo, y le vendió el celular a cambio del mismo monto ínfimo que luego yo negocié para tenerlo de vuelta. Fue esa la última vez que lo vieron con vida, salió de allí desbordado, como huyéndole a la muerte, rumbo a quién sabe dónde.

Nadie sabe quién mató a Pocholo. Unos dicen que su final se hiló entre los tentáculos que mueven al pueblo, otros más mordaces dicen que su sangre se quedó en las manos impunes de algún sustrato de la fuerza pública que arrebató la vida a cuanto miserable se le antojó en nombre de la ‘seguridad’. En los insolentes medios informales modeló su rostro inerte, con los gritos ahogados en su boca tapada y las huellas de una brutal paliza, bajo una suerte de pie de foto que confirmaba lo que hasta hoy todos sabemos de nuestra sociedad: tenemos una moral amañada y canalla, que celebra y glorifica la violencia en tanto se dirija al menoscabado. Irónica y bastarda es la vida: a mí, generosa, como siempre se me ha presentado, me devolvió mi celular, pero a Pocholo, fría e inclemente, le robó el aliento de manera atroz el 29 de agosto de 2020.



**MANECITA ROSADITA Y OTROS
RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS**

VI Concurso Internacional de Relato Autobiográfico Breve



**ENTRE DOS ANDENES Y OTROS
RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS**

VI Concurso Internacional de
Relato Autobiográfico Breve

uao

Universidad
Autónoma de
Occidente

Universidad Autónoma de Occidente

2025

CONTENIDO

- 7 **PRÓLOGO: JUVENTUD,
MEMORIA Y ASOMBRO**
- 13 **ENTRE DOS ANDENES**
Pablo Alexander Morales Cantero
Primer lugar
- 19 **MEMORIAS IMBORRABLES**
Alisson Torres Torres
Segundo lugar
- 27 **EL REPORTE DEL CAMBIO**
Juan José Rengifo Bustos
Tercer lugar
- 37 **MIS PEQUEÑAS LETRAS**
Juan Camilo Valencia Sanclemente
Primera mención
- 47 **LAS NUEVAS HUELLAS DE
MI AMIGO EN MI VIDA**
Gabriela Parra Martínez
Segunda mención

Prólogo: Juventud, memoria y asombro

En su obra *De Senectute* (*Sobre la vejez*), el escritor y filósofo romano Cicerón defiende la vejez como una etapa valiosa por la sabiduría acumulada, en contraste con la impetuosidad juvenil.

Entre las frases que expresa se encuentra, por ejemplo, «¡cuánta sabiduría hay en la vejez, cuántas cosas recuerdan, cuántas han visto, oído, hecho!». No es que Cicerón despreciase la juventud, más bien su intención era elogiar la experiencia de vida de quienes llevan más tiempo en el mundo. Sin embargo, este prólogo y este libro, por sí mismos, ponen en duda la mencionada carencia de experiencias vitales de aquellos que están gozando de los años juveniles.

Los seis relatos autobiográficos que conforman esta selección de estudiantes de secundaria nos muestran que el ser humano es un tejido de historias desde el momento mismo en que puede recordarlas y darles así un lugar en la construcción de su relato personal. Los adultos mayores de Cicerón tal vez sí

tengan más experiencias para compartir, pero eso no significa que aquellos que no han llegado a la mayoría de edad estén ajenos a narraciones que han protagonizado, que han sufrido, que han atestiguado; que han llevado auestas en momentos, que los han liberado en otros; que les han hecho quienes son, o que les han mostrado qué quieren ser, o qué no quieren ser; que les han revelado el mundo, tanto aquel que está afuera como el que está bien dentro de sí. Vivencias que hacen parte de su kit de insumos de identidad y que, deséenlo o no, les enfrentan de lleno a una metafórica imagen del espejo.

Por eso Sócrates (reinterpretado por Platón) afirmaba que «la sabiduría comienza en la juventud con el asombro». Asombro por el universo-teatro dentro del que actuamos, asombro por nosotros mismos y de lo que somos capaces, asombro por cómo los otros significan para nosotros, asombro por cómo una palabra moviliza acciones y sentimientos en nosotros, por cómo, incluso, el silencio nos impacta mucho más que cualquier sonido. En fin, no hay que llegar a edades muy futuras para que puedan aflorar de nosotros muchas historias interesantes.

Por ello, estos jóvenes escritores son de admirar. Se dieron cuenta de que un evento de su vida merecía la pena ser contado; aun más, hicieron la transición desde la esquivo e inquieta memoria a la escritura literaria con todos sus vericuetos, reglas y palabras. Han dado el paso más allá de ser el sujeto que vive y recuerda hacia aquel que plasma, que emo-

cional, que retrata, que cuenta. Han trascendido la memoria para, como artesanos, darle forma visible y enfrentarla tanto a sí mismos o a sí mismas como a las sombras venideras de los posibles lectores.

Y es aquí donde quien sostiene en este momento el libro juega un papel crucial: el de reconstruir esa memoria a través de las palabras. De dar nueva vida a una historia que no es la suya, pero puede serlo así sea un momento. Quien lee un relato autobiográfico aporta de sí para que la existencia común encaje, como piezas de un rompecabezas, y así nos sintamos parte de los demás, por más ajenos y distantes que sean.

Esto nos devuelve al asombro del que nos hablaba Sócrates; con el que se vivieron estos relatos, con el que se escribieron y con el que nos toparemos al abordarlos. De esta manera, leer estos seis relatos autobiográficos es un chance de hacer una negociación de sorpresas y maravillas que nos pondrá en sintonía con la joven Tierra que nos alberga y que, si lo permitimos, palpita indomable dentro de nosotros.

HERNÁN ESPAÑA

Tercer puesto I Premio Nacional de libro de
cuento infantil “Yolanda Reyes” (2022)

Primer lugar

PABLO ALEXANDER MORALES CANTERO

Liceos del Ejército Pichincha



Soy Pablo Alexander, tengo 18 años. Nací en el pequeño municipio de Sogamoso. Por el trabajo de mi padre, tuve que cambiar constantemente de casa, hasta que llegué a Cali, tierra que me vio crecer, irme y volver. La mayor parte de mi educación la cursé en varios liceos del Ejército, pero los que nunca voy a olvidar son el Liceo Santa Bárbara y El Pichincha, en el cual me gradué. Desde muy pequeño, la música fue gran parte de mi vida. ¿Cómo olvidar esas mañanas de aseo con la salsa a todo volumen? Pero mi principal género musical actual es el hip-hop y el rap en inglés; el artista que más influencia ha tenido en mí es Kanye West. En la actualidad, estoy estudiando Ingeniería Informática en la Universidad Autónoma de Occidente, área que siempre me interesó desde pequeño. Mi meta es trabajar en grandes empresas.



Entre dos andenes

Hoy es el último día del verano. El sol se oculta tras las colinas, pintando el cielo con tonos anaranjados y rosados. Estoy en la vieja estación de buses de Piendamó, esperando el último de la noche. Es curioso cómo un lugar puede guardar tantos recuerdos, como si el tiempo se hubiera detenido aquí.

El transporte debería llegar en menos de una hora. Mientras espero, mi mente viaja al pasado, a un momento que me trajo devuelta a esta misma estación. Hace diez años, mi abuela y yo estábamos en este andén, esperando un bus que nunca llegó. Recuerdo aquel día soleado, lleno de risas y promesas de aventuras. Pero la vida, como el bus que nunca apareció, a veces nos deja esperando en estaciones de nuestra propia creación.

Mi abuela solía contarme historias sobre tiempos pasados, de amores perdidos y sueños desvanecidos. Decía que la

vida es como un vehículo: a veces tienes que decidir si te subes o te quedas esperando en la estación, sin saber si otro vendrá.

Hoy, en este lugar, el bus no es solo un medio de transporte, es un símbolo de la decisión que debo tomar. La vida me ha puesto ante una bifurcación, una encrucijada en la que debo decidir si continuar mi camino actual o cambiar de dirección. La espera se siente interminable y el tiempo parece ralentizarse mientras pienso en lo que podría haber sido.

Las luces de la estación parpadean suavemente, proyectando sombras que parecen moverse en el suelo. Mi mente regresa a los momentos compartidos con mi abuela, a sus consejos y a las promesas que hicimos. Siento su presencia, como si estuviera aquí, guiándome hacia la decisión correcta. Ella siempre decía que las decisiones más importantes son las que tomamos cuando estamos solos, enfrentándonos a nuestros miedos y esperanzas más profundos.

El sonido del motor que se acerca me saca de mis pensamientos. El vehículo se detiene con un ronquido familiar y la puerta se abre con un chasquido. Miro alrededor, buscando el valor para embarcarme en esta nueva etapa de mi vida o la respuesta de si debo quedarme en la estación un poco más.

Finalmente, con un suspiro profundo, me levanto y me dirijo hacia el bus. El aire fresco me envuelve mientras subo a bordo. Miro hacia atrás una última vez, hacia la estación que ha sido mi refugio y mi lugar de reflexión. La puerta se cierra detrás de mí y el bus comienza a moverse. A medida que el

paisaje se aleja por la ventana, siento una mezcla de nostalgia y esperanza. Quizás esta ruta me llevará a donde necesito estar, o quizás me llevará a otro lugar en donde encontraré nuevas decisiones y esperanzas.

Mientras el vehículo avanza, me doy cuenta de que, al igual que la estación de Piendamó, mi vida está llena de momentos de espera y decisiones. Y tal vez, al final de cada trayecto, siempre habrá una nueva estación, una nueva oportunidad para empezar de nuevo.

Segundo lugar

ALISSON TORRES TORRES

Liceos del Ejército Pichincha



Me llamo Alisson Torres y nací en Colombia en 2009. Soy estudiante de bachillerato, disfruto conectar con otros a través de la lectura y creo que las experiencias personales son las que hacen a cada persona única. Además, me apasiona la música, dibujar, el chocolate y, por supuesto, leer.



Memorias imborrables

Desde que tengo memoria, mi abuela ha sido una figura central en mi vida. No es una abuela común, de esas que uno solo visita en vacaciones o en ocasiones especiales. Ella es, en realidad, como una madre para mí. Mientras mi mamá se dedicaba a sus estudios, mi abuela estaba siempre presente, cuidándome con amor y dedicación. La veía más como una madre que como una abuela, por eso siempre la llamé y la llamaré «mi mamita».

Durante los años en que mi mamá asistía a la universidad, mi mamita se encargaba de llevarme y recogerme del colegio. Las tardes estaban llenas de momentos especiales, compartiendo y disfrutando de la compañía mutua.

Vivíamos en el campo, alejadas de la abrumadora y bulliciosa ciudad, lo que nos permitió gozar de una vida tranquila y cercana a la naturaleza. Para entender mejor nuestra historia, es importante conocer la de mis padres. Ambos crecieron en el campo, en un entorno que les enseñó a apreciar

el valor de la vida rural. Esto influyó profundamente en su forma de ver el mundo y en los valores que me transmitieron. Coincidentalmente, ambos estudiaban en la misma escuela, fue allí donde se conocieron. Mi papá quedó perdidamente enamorado de mi mamá. Para él, ella era el motivo de su asistencia a la escuela, como les sucede a muchos niños en esa etapa de la vida. Le escribía cartas y le daba chocolates, con la esperanza de que algún día le diera una oportunidad. A pesar de que fue rechazado en varias ocasiones, mi mamá finalmente decidió dársela y corresponder a su amor. Con el tiempo, su relación se hizo más fuerte, pese a las oposiciones que tuvieron que enfrentar.

Pocos años después, sin haber sido planeada, nací yo. Mi mamá siempre me ha dicho que soy el mejor regalo de Navidad que Dios le pudo dar, porque sí, efectivamente, nací un 24 de diciembre. Y aunque aún no estaba entre sus planes, ahora tenían una hija, una gran responsabilidad.

Mi mamá entró a estudiar en la universidad y mi papá entró al Ejército. De este modo, sus vidas se separaron a pesar de sus deseos de estar juntos. Nuestra familia se acostumbró a la inevitable distancia, a vivir con la incertidumbre de dónde sería trasladado mi papá cada dos años y si regresaría a casa sano y salvo. Es así como crecí alejada de mi papá, y no precisamente porque tuviera problemas con mi mamá y se quisieran separar —lo que ahora pasa muy seguido en las familias—, sino porque el trabajo le impedía estar cerca de

nosotras, su familia. Verlo solo una o dos veces al año a lo largo de mi vida sembró en mí un temor y una sensación de distancia. Siempre me pareció una persona muy seria, de esas que emanan autoridad, lo que hacía que sus visitas fueran momentos de nerviosismo y mucho respeto.

Por otro lado, mi mamá siempre fue una constante en mi vida. Aunque nuestra realidad estaba marcada por algunas dificultades, ella era mi refugio y mi guía. La amo profundamente, y mi amor por ella ha sido una de las fuerzas más importantes. Recuerdo con cariño las tardes que pasábamos juntas, por muy cortas que fueran y a menudo interrumpidas por sus obligaciones. Mi mamá se dedicaba por completo a sus estudios en la universidad y su compromiso era admirable. Sabía que su deseo era estar conmigo todo el tiempo posible, pero las responsabilidades académicas y las exigencias de su carrera la mantenían ocupada. A pesar de esto, siempre hacía el esfuerzo de estar presente en los momentos más importantes, ya fueran pequeños logros escolares o simples momentos cotidianos. Y, si bien hubiera querido pasar más tiempo a su lado, entendí desde pequeña que su dedicación era un acto de amor profundo y, aunque nuestras vidas estaban marcadas por la ausencia física, el amor que compartimos estuvo presente, guiándome y fortaleciéndose en cada paso del camino.

Debido a la distancia que la universidad imponía a mi mamá, mi abuela tuvo un papel muy importante. Mientras mi mamá estudiaba, mi mamita estaba siempre a mi lado, cuidán-

dome y brindándome el amor que necesitaba. Ella asumió la responsabilidad de estar presente en mi vida cotidiana. Desde llevarme y recogerme del colegio hasta acompañarme en las tardes llenas de juegos y conversaciones. Ella me dio una sensación de seguridad y estabilidad que, en su ausencia, hubiera sido difícil de encontrar. Su amor y entrega eran evidentes en cada detalle: en la manera en que preparaba mis comidas favoritas, en las historias que contaba para dormir y en los pequeños gestos que hacían que cada día se sintiera especial. Ella no solo era una cuidadora, sino una figura maternal en todo el sentido de la palabra.

Admiro y me enorgullezco profundamente de mi abuela. Y es que detrás de la historia de ella no hay un arcoíris y un cielo color de rosa. Su vida estuvo marcada por desafíos inmensos y un dolor inimaginable, pero su fortaleza y resistencia la hicieron salir adelante.

La historia de mi abuela es una de valentía y sacrificio. Después de la trágica pérdida de mi abuelo, quien fue asesinado por un hombre cegado por la avaricia, se encontró sola con cuatro hijos pequeños. Su esposo fue víctima de la codicia de alguien que deseaba la finca que le pertenecía y, en un acto brutal, afectado por el consumo de alcohol, el asesino acabó con la vida de mi abuelo y dejó a mi mamita en una situación desesperada: una joven viuda con cuatro hijos para criar. La mayor de ellos tenía solo diez años; el segundo, ocho; la tercera, seis; y la menor —mi mamá—, apenas cuatro. En medio

de ese dolor y la carga de la crianza de sus hijos, mi mamita demostró una fortaleza sobrehumana y los sacó adelante, con determinación y un amor inquebrantable, enfrentando la adversidad con una valentía que es difícil de describir. A pesar de las múltiples dificultades que tuvo que enfrentar, ella logró proporcionarles un hogar lleno de amor y estabilidad, incluso cuando el futuro parecía incierto.

Mi abuela no solo fue una madre excepcional, sino también un ejemplo de coraje y perseverancia. La admiración que siento por ella va más allá de las palabras. Su historia no es de facilidad, sino de una lucha valiente contra las circunstancias más difíciles, por esto, me siento afortunada de tenerla como ejemplo a seguir y tengo la certeza de que siempre llevaré en mi corazón a mi guía, a mi inspiración... a mi mamita.

Tercer lugar

JUAN JOSÉ RENGIFO BUSTOS

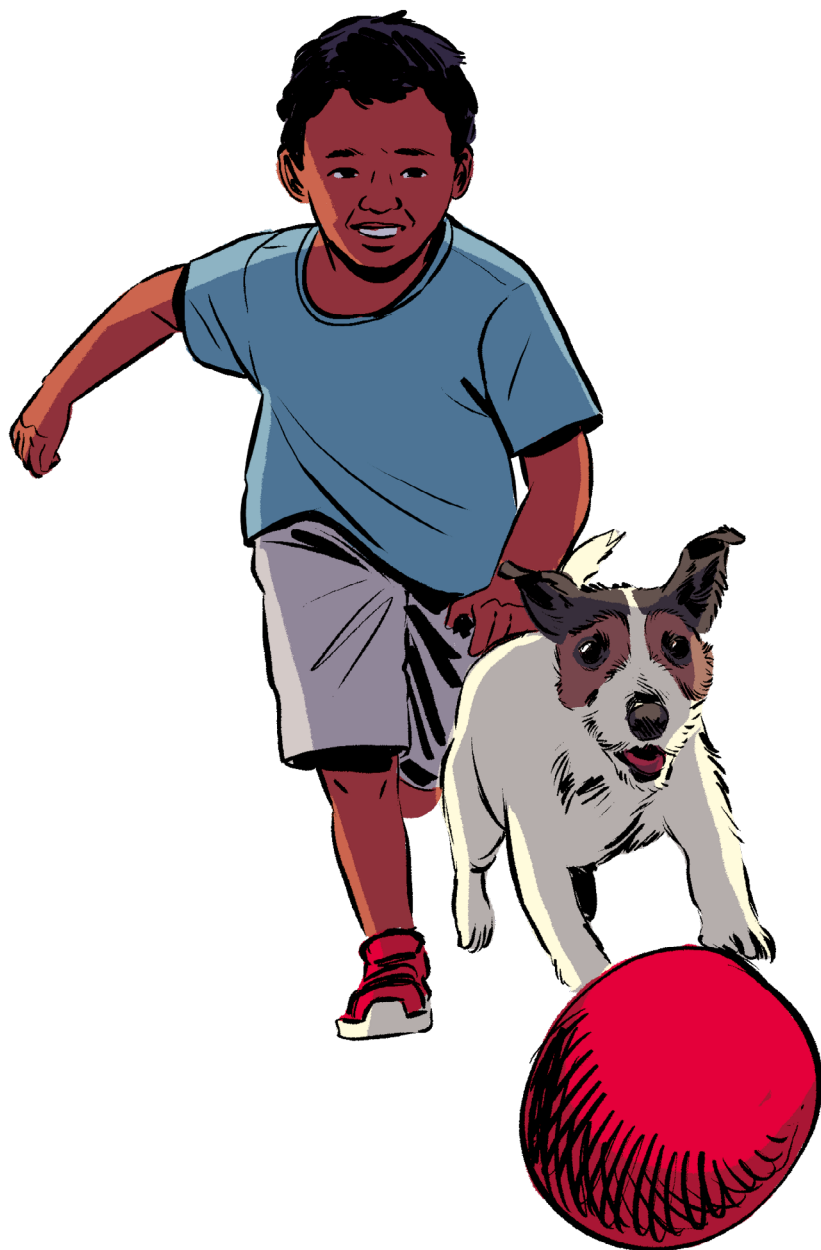
Liceos del Ejército Pichincha



Soy Juan José Rengifo Bustos, un joven de 17 años que ha experimentado una gran transformación a lo largo de su vida. Me considero un amante de los animales, especialmente de mi perro Dingo, quien fue mi compañero y amigo inseparable. Su pérdida me afectó profundamente, pero también me enseñó el valor de la resiliencia y la perseverancia.

Me describo como una persona reflexiva, con una gran capacidad para la introspección y el análisis de mis propias emociones. Me gusta pasar tiempo a solas, pensando en mis experiencias y aprendiendo de ellas.

A pesar de los desafíos que he enfrentado, como el sobrepeso y las dificultades académicas, siempre he tratado de mantenerme positivo y enfocado en mis metas. He aprendido a ser resiliente y a no rendirme ante la adversidad.



El reporte del cambio

Un verdadero amigo no te cambia, te transforma».

« Dingo, mi perro, amaba correr, lo que contrastaba completamente con mi estilo de vida en ese momento. A mis doce años, estaba pasado de peso: medía 1,55 metros y pesaba 68 kilos. Mientras yo me dedicaba a una vida sedentaria, él no paraba de buscarme para jugar. Incluso escondía mis chancas para obligarme a moverme. Dingo llegó a mi vida para transformarme, pero me di cuenta demasiado tarde.

Recuerdo un día en particular: llevé a Dingo al parque frente a la casa de mi abuela en Meléndez. Llevaba su correa azul con dibujos de huesos. Lo solté para que jugara y, al poco tiempo, ya estaba en la esquina de la cuadra. Empecé a correr tras él, pero mi cuerpo era una carga y el cansancio me agobiaba. Parecía que una tortuga era más rápida que yo. Desesperado, regresé a casa pensando que se había ido. Mi abuela Dolly me encontró y preguntó: «¿Qué le pasó, miijo?». Con lágrimas en los ojos, respondí: «Dingo se fue». Ella, con

calma, me dijo: «Está en su cama». Aunque me molestaba, seguía queriéndolo.

En el parque, jugábamos con una pelota roja. Se la lanzaba lo más lejos posible entre árboles antiguos, que podían tener más de cien años. La brisa era suave y refrescante. Dingo corría tras la pelota una y otra vez hasta que, exhausto, me ladraba para que lo cargara.

Cada día era una aventura con Dingo, pero llegó enero y, con él, las compras para el regreso a clases. No podía salir sin él. Me acompañó a comprar cuadernos en el centro de la ciudad, un lugar sucio y tenebroso, con olor a caño, con precios bajos, pero con un ambiente sombrío.

Mi mamá, Dingo y yo recorrimos el centro, o, como yo le decía, el chiquero. No podía soltarlo porque, si lo hacía, salía corriendo. Ese fue un día largo y, al llegar a casa por la noche, Dingo, por primera vez, se quedó dormido de inmediato. Eso sí, se comió todo un plato de comida primero.

El 27 de enero comenzaron las clases, algo que detestaba, especialmente cuando cada dos semanas citaban a mis padres. Miraba mi reloj azul, contando las horas para salir. El ambiente en la escuela era bueno, fresco y lleno de árboles, tantos, que me daba pereza contarlos. Pasaba el día con Samuel, jugando o charlando sin prestar atención a nada más.

Al llegar a casa, mi pequeño apartamento siempre estaba fresco. Abría la puerta y allí estaba Dingo, rodeado de zapatos, ropa y juguetes esparcidos por el suelo. Parecía un desastre.

Lo arreglaba lo mejor que podía, pero mi hermano Óscar, dos años mayor que yo, me decía que algo faltaba. Volvía arreglarlo, pero siempre parecía igual. Le decía que era pura molestia, pero a él no le importaba.

A mediados de marzo, antes de los bimestrales, llegaron los reportes de los profesores sobre las materias en riesgo. Me parecía una tontería: ¿cómo recuperar todo en una semana? Llegó mi reporte, conté las materias y recordé que, a principio de año, mis padres habían dicho que, si tenía dos materias en bajo, Dingo se iría. Conté tres en básico y una en bajo; me salvé por un pelo. Aunque el regaño llegó, estaba feliz porque Dingo seguía conmigo.

Pasaron los meses y llegó mayo, con un nivel de dificultad aún mayor. Me concentré en el colegio para mejorar mis notas, pero el final inevitable llegó. El reporte en Español y Lectura estaba en bajo. Con un clima frío y tristeza en mi interior, me despedí de Dingo. Al día siguiente, después del colegio, Dingo ya no estaba.

Mis padres me dijeron: «Sube las notas y Dingo volverá, así de sencillo». Algo imposible para mí con doce años. Seguí asistiendo al colegio, prestando atención y mejorando poco a poco. Llegó septiembre y con él un clima frío y de muerte.

Todo tenía sentido. Un día, Dingo salió corriendo de la finca y cruzó la calle justo cuando venía una moto. Como era pequeño, no lo vio. Mi madre llegó a casa y me dijo que

Dingo había muerto. Sin pedir explicaciones, me fui a mi cuarto a llorar; algo se rompió dentro de mí.

Comencé a comer tanto que pasé de 68 kilos a 72 kilos, justo cuando llegó la pandemia del COVID-19. Las clases virtuales y más de diez horas al día frente a un computador jugando Minecraft y otros juegos con Simón, un compañero del colegio, se convirtieron en mi rutina.

Recuerdo una noche en que Simón me dijo: «JJ, ponte en forma. Así atraerás chicas y hasta te cambiará la cara». Al día siguiente, intenté seguir una rutina en casa creada por Simón. Pensé que el cambio sería inmediato, pero me dolía toda la espalda.

Ese fue el primer intento. Pasada la pandemia, busqué un deporte que implicara correr, como a Dingo le gustaba, y encontré el baloncesto. Fue un santo remedio, pero el primer entrenamiento en la liga me agotó tanto, que casi me desmayo.

Con el tiempo, mi estado físico mejoró. Ahora, con dieciséis años, mido 1,73 metros y peso 60 kilos. En vez de correr detrás de él, corro con él en mis pensamientos.

Primera mención

JUAN CAMILO VALENCIA SANCLEMENTE

Colegio Comfandi Miraflores



Soy Juan Camilo Valencia Sanclemente y, desde que tengo memoria, las palabras han sido mi refugio y mi lienzo. A los dieciocho años ya he navegado por mundos de fantasía, horror, romance y realismo, plasmando en papel tanto mi imaginación como mis inquietudes sobre la sociedad, la introspección y las emociones humanas. Escribir me permite ser muchas cosas: un explorador de almas, un escultor de historias y un puente entre lo visible y lo intangible.

No soy más que un chico que encuentra magia en lo cotidiano y transforma las sombras en versos, las dudas en relatos y los silencios en voz. Cada historia que he escrito es un intento de conectar, conmover y construir algo significativo, algo que, como yo, encuentre su lugar en el corazón de quien lo lea. Ganar reconocimientos en concursos literarios no ha sido el objetivo, sino una consecuencia de ser fiel a lo que amo: escribir para entender el mundo y, al mismo tiempo, comprenderme a mí mismo.

Mis pequeñas letras

Soy Juan Camilo, y desde que tengo memoria, detesto leer. Este relato autobiográfico narra mi relación con la escritura desde que aprendí a leer hasta hoy y cómo esta trayectoria representa para mí un viaje significativo como ser humano. Nací en Cali en agosto de 2006, el mes de los fuertes vientos. Leer nunca ha sido fácil para mí: mi madre tiene problemas de concentración y mi padre dislexia, y esos desafíos no pasaron por alto.

Mi primer encuentro con las letras fue complicado. Cuando trataban de enseñarme a leer, entendí que cada letra tenía un sonido, pero formar palabras era un verdadero horror. Tanto, que prefería recordar la silueta de la palabra y relacionarla con su fonética, ya que leer me frustraba y no recordaba nada de lo que aprendía. Mis extensas tardes tratando de hacerlo eran una lucha constante.

La guerra contra la lectura llegó a su punto más alto cuando mi madre comenzó a castigarme enviándome a leer al

último piso de la casa, un lugar apartado y silencioso, libre de cualquier distracción. Se trataba de un alto cuarto piso cuyo único visitante era la recurrente brisa del Valle. Recuerdo el libro *La biblioteca del rey ciego* y, aunque entendí la trama, no logré comprenderlo bien en su momento.

Durante la mayor parte de mi trayectoria colegial, evadía a toda costa las letras, y prefería guiarme por dibujos o videos en lugar de enfrentar las infinitas páginas atiborradas de palabras que no lograban más que frustrarme.

En noveno grado, la profesora de ciencias sociales nos pidió escribir un cuento sobre la Segunda Guerra Mundial y sus diferentes impactos. Hice la tarea en cinco minutos y la envié esperando no volver a saber de ese documento. «Árbol» llamé al cuento. Me aseguré de que fuese impecable. Me faltaba amor por las letras, no imaginación ni responsabilidad.

Para mi sorpresa, el cuento gustó tanto, que la docente lo pasó de mano en mano entre los profesores. En una clase de religión, otra profesora mencionó haber leído mi cuento, me sugirió que lo puliéramos y lo enviáramos a una competencia. Eso me sorprendió. «¿Yo, escribir? Ni siquiera he leído un libro completo en mi vida».

La curiosidad me llevó a seguir su consejo. Junto con otra profesora que también es escritora, mejoramos mi cuento y lo enviamos al Concurso Nacional de Escritura. No gané, pero quedé entre los mil semifinalistas. «Nada mal para un primer intento», dijo ella. «No pares de escribir, tienes un gran talento».

Eventualmente, las profesoras que me ayudaron dejaron el colegio, pero llegó otra profesora para apoyarme con mi talento. Me presentó una pequeña editorial donde publiqué mis primeras obras, emergiendo oficialmente como autor. Esa profesora también se fue, sin embargo, llegó otra que se encargó de guiarme en los siguientes pasos. Este constante e imprevisto apoyo me hizo pensar que la vida realmente me quería ver escribiendo.

En mi primer evento de lanzamiento fui a Bogotá, así como en el segundo y el tercero. Allí pude presenciar diferentes amores y apreciaciones hacia la escritura por parte de otros autores, quienes usaban sus letras con diversos propósitos: dedicárselas a los seres más importantes de sus vidas, hacer catarsis de penas estancadas, relatar sentimientos que llegaron más lejos en las hojas que por fuera o historias fantásticas que narraban realidades crudas, entre otros cien más.

Ya había publicado tres libros cuando decidí no escribir más. Esos eventos me hicieron ver que en mis letras no vivía ningún propósito. Los demás autores tenían una meta, una intención con sus textos, pero yo solo era bueno escribiendo historias desprovistas de cambios o impactos importantes. Me sentí como un impostor entre tanta gente con profundas intenciones. Buscaba a tiempo completo un propósito especial en mi vida y no quería gastarla permaneciendo en inercia. Mis escritos, aunque fluidos y entretenidos, carecían de intención real. «¿Qué quiero darle de alimento al mundo?», me pre-

guntaba desesperado. «¿Qué pondré sobre la Tierra?». Al no hallar respuesta, supuse que las letras no serían la solución.

Desde pequeño he sido un inquieto por la naturaleza, investigando, corriendo, preguntando por dónde me llevarán mis piernitas. Como todo habitante del mundo, tenía quejas sobre diversos temas que se acumularon en mi lengua durante años: dinámicas sociales, crianzas perjudiciales, daños impuestos, programación de ideas en la gente, tradicionalismos dañinos, falta de pensamiento crítico y muchos más. Sin embargo, a nadie le importa escuchar las quejas o propuestas de alguien, porque ser nada más que alguien parece ser lo mismo que ser nadie. Navegando por redes, libros y museos, presencié obras y artistas que usaban sus dones para poner en evidencia el dolor que sufren las sociedades, en tela de juicio lo impuesto desde siempre, e impulsar a sus espectadores a quitarse el velo de los ojos y dejar de vivir como se nos ha hecho creer que es la única manera de hacerlo.

Comencé a admirar profundamente esta labor tan inspiradora. Tomé la decisión de encarar al mundo y provocar un cambio positivo en la sociedad, justo como lo hacían mis referentes. Solo tenía que buscar mi manera de hacerlo.

Todo esto me impulsó a buscar una forma de expresarme y no quedarme callado nunca más. Perdí la ceguera que se aferraba a mis ojos desde hacía tanto y me di cuenta de que las letras serían mi herramienta, un arma hermosa para el cambio. Cuando me propuse usarlas, mis manos derrocharon letras

e historias como la boca de un dragón lanzando llamaradas. Puse mis sentimientos, experiencias, quejas y opiniones sobre papel y, como por arte de magia, cobraron sentido y mi corazón comenzó a latir como un apasionado tambor lleno de fervor por sus ideas, enamorándose de cada letra existente.

Hace unos meses gané el primer concurso de cuento de Comfandi con la temática de cultura sostenible. Ocupé el primer lugar con el primer cuento que escribí: «Árbol», aquel sobre la Segunda Guerra Mundial, una historia en la cual logré capturar el sufrimiento de un árbol plantado sobre un terreno en disputa.

En la actualidad, he publicado cinco obras con mensajes de sensibilización, críticas sociales y libertad. He trabajado con tres editoriales nacionales que distribuyen libros a nivel mundial y soy autor de más de veinte cuentos centrados en diversas problemáticas sociales que afectan tanto a nivel individual como colectivo.

Sin duda, la escritura y la lectura han cambiado mi vida. Me han llevado por pasajes donde no hay vuelta atrás. Mi visión y sentimiento frente a la vida y cada uno de sus planos se han enriquecido con el conocimiento, el amor y la sabiduría que se escondía en las letras. Si le dijese a mi pequeño yo que escribiría cuentos en el futuro, de seguro se enojaría.

Para concluir, quiero invitar al lector a recordar y reflexionar sobre aquello que tanto evade o teme, porque, a veces, donde vive el temor se esconde el potencial.

Segunda mención

GABRIELA PARRA MARTÍNEZ

Liceos del Ejército Pichincha



En mis cortos años de vida y la experiencia que me ha brindado cada día, puedo decir que he observado lo hermoso y caluroso que puede llegar a ser el alma, las personas y los recuerdos que conforman el hogar, reposado en nuestro indulgente corazón. Soy Gabriela Parra Martínez, nací en el pueblo cuna de la Santísima Virgen de Chiquinquirá. Continúo descubriendo y aprendiendo el valor de las inadvertidas y sencillas piezas de la vida, su inquebrantable lazo familiar, su gusto por las prosas que permiten conocer lo indefinido por las acciones, pero bien sabido por las letras del papel, aquella que busca el rebotar de su alegría junto a su fiel mascota y quien espera, algún día, ser lo que de infante buscaba con tanto afán: ser la mensajera de buenas noticias y al fin ser abrazada por el alba de la mañana, marcando un nuevo inicio, una nueva yo.



Las nuevas huellas de mi amigo en mi vida

En la mañana del 15 de marzo del 2020, me encontraba junto a mi madre camino a la casa de mi abuela, pues, como cada año, toda la familia celebraría una misa por el fallecimiento de mi bisabuela.

Llegamos apenas al desayuno, todos estaban ahí, hasta las mascotas. De pronto, mi tío Ángel, que vive en otra ciudad, me saludó con un cálido abrazo y yo me sentí feliz de verlo, debido a que por su trabajo, y a que él tenía que cuidar a mis primos, le resultaba difícil venir a visitarnos, por lo que nos encontrábamos y charlábamos pocas veces al año. El tío llegó en compañía de su familia, lo que me hizo aún más feliz, pues todos ellos tienen una vida ocupada, sin embargo, mantenemos un lazo familiar muy fuerte y los tiempos en los que compartimos son de los mejores.

Al rato, mi abuelita nos invitó a desayunar caldo de papa que había cocinado antes de que llegáramos. Mientras comía, noté que, en la habitación de mi tío, mi primo se encontraba

cargando algo en los brazos, pero no lograba distinguir qué era. También me percaté de que siempre tenían la puerta de la habitación cerrada y que, además, no nos dejaban entrar a mi hermano ni a mí; los únicos que lo hacían libremente eran los adultos. Me sentía frustrada, porque en esa ocasión sabía que habían traído a un gato y de verdad quería verlo, pues mi tío tiene ocho gatos y me hacía ilusión ver si traía uno nuevo consigo.

Cerca de las ocho de la mañana, llegó la hora de partir a la iglesia Sagrado Corazón de Jesús. Mi abuela fue la primera en salir de la casa y, mi tío, el último. Cuando nos subimos en el carro para irnos, mi madre parecía estar pensando mucho en algo, pues tenía un semblante de preocupación. Al llegar, entramos e inició la eucaristía. A mitad de la misa, arribaron al encuentro mi tío y su familia, y de una vez por todas ese sentimiento de intriga desapareció, el misterio de la habitación y el secreto quedaron revelados al ver el gatito negro que cargaba mi primo con tanto cuidado. Sin darme cuenta, sonreí de par en par y, a partir de ahí, mi mente solo podía pensar en esa pequeña bola negra con ojos verdes.

Al finalizar la misa, corrí donde se encontraba mi tío. Cuando me acerqué, mi primo me dijo que se llamaba «Medianoche» y me preguntó si quería alzarlo, a lo que acepté contenta, pues había esperado este momento desde que vi al pequeño felino. Al rato, mi madre nos avisó que iríamos a almorzar una gallina en la casa de Víctor, un señor que

cocina una gallina muy rica y, además, quedaba cerca para ir caminando y no demorarnos tanto sacando los carros del parqueadero. Antes de salir del parqueadero, mi tío me dijo que lo acompañara, mientras que mi hermano se iba caminando con mi primo, mi madre y el gatito.

Empezamos a caminar y mi tío, como siempre que hablábamos, discutía sobre la opinión de los filósofos en torno a la responsabilidad y de cómo los animales resultaban beneficiosos para la vida de los humanos. Al principio me sentí aburrida y al mismo tiempo dudosa: ¿por qué mi tío habla de esto? Y antes de que pudiera siquiera pensar el motivo, mi tío hizo una pausa y continuó.

Me comentó que hacía unos días, en su vuelo desde Europa, había soñado que un dragón le hablaba, uno blanco, y que junto a un mago le decían que cuando llegara a su ciudad se iba a encontrar un gato negro y que se llamaría Medianoche, que lo acogiera, que se lo llevara a sus sobrinos, que esperaba que nosotros lo cuidáramos y lo quisiéramos mucho. Cuando terminó, me quedé sorprendida, pues no creía que algo así pudiera pasar, así que le dije a mi tío que no creía la historia, pero que, si así fuera, significaba que... ¿tenía una mascota? Él me dijo que sí. Un sentimiento de felicidad abordó todo mi ser en ese momento, porque había estado pidiéndoles una mascota a mis padres durante años y nunca me habían dicho que sí, así que saber que ahora tenía una mascota era de lo mejor.

Apresuré a mi tío para que llegáramos y, al entrar al establecimiento, le comenté a mi mamá que ya sabía que teníamos una mascota. Me contó que ya conocía aquella noticia. Me emocioné y fui a alzar al gatito. Durante todo el almuerzo lo sostuve en mis brazos, no quería soltarlo; ver que ahora tenía un compañero para las tardes, alguien que estuviera conmigo en las noches y al despertar de mis pesadillas, alguien con quien jugar, me hizo sentir muy feliz. Ahora tenía un amigo de por vida.

Al terminar, fuimos de vuelta a la casa de mi abuela para despedirnos y para recibir las cosas que ya habían comprado para el gatito, sin embargo, aún faltaba una prueba por afrontar: que mi padre estuviera de acuerdo. Él siempre había preferido los perros por encima de los gatos, así que convencerlo no iba a ser una tarea fácil. Cuando llegó, mi hermano fue el primero en darle la noticia. Al principio se negó. Con ayuda de mi hermano le dijimos que ambos tenían el mismo color de ojos. Mi padre se rió y al final aceptó. Yo estaba muy contenta, había logrado tener mi primer gato, estaba muy alegre, así que corrí a alistar las cosas para llevárnoslo a nuestra casa.

No obstante, aún quedaba otro pendiente; no había escogido un nombre. Cerca de esos días había leído algo sobre las brujas de Salem y me había llamado mucho la atención. En esas historias se mencionaba a un pueblo y a un gato negro. Así que mi mente hizo ‘clic’ y el sentimiento de incertidumbre frente al nombre se fue. “Salem”, así se va a llamar mi gato.

Le comenté a mi padre y así dimos a conocer que había un nuevo miembro en la familia.

Al final del día, le acomodamos una cobija de *Toy Story* en el sillón, la arenera, su comedero y bebedero en la cocina, y todo estaba listo para que se instalara. Primero, se escondió debajo de mi cama y no paraba de maullar. Yo no sabía qué hacer para que dejara de hacerlo, parecía triste y eso también me hizo sentir triste. Después de un rato intentando atraparlo, lo agarré y sostuve en mis brazos hasta que dejó de llorar y se quedó dormido, me recosté en mi cama con él, aún en brazos, y ambos caímos profundamente.

Quien diría que sería mi mayor amigo y compañero de vida. No sé cómo mi padre aceptó tan rápido tener al gato; para la pequeña yo ese gesto significó un cambio en mi mundo, un nuevo motivo para sonreír y esforzarme en mis cosas.

Tener una mascota fue algo muy importante en mi vida y en la de mi familia, el felino se había convertido en parte de ella y estoy feliz de que eso haya pasado, pues me ha dejado muchas enseñanzas y recuerdos que permanecerán en mí por siempre.